

# DISCURSOS

LEÍDOS EN LA

## REAL ACADEMIA DE MEDICINA

DE VALENCIA

EN EL ACTO DE LA RECEPCIÓN PÚBLICA

DEL ACADEMICO ELECTO

D. José Rodrigo Pertegás

EL DÍA 31 DE DICIEMBRE DE 1922



VALENCIA - 1922

Establecimiento Tipográfico Hijo de F. Vives Mora  
HERNÁN CORTÉS, 4

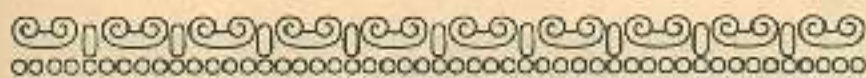
MAL DE SEMENT



DISCURSO

de

D. JOSÉ RODRIGO PERTEGÁS



Ilustrísimo Señor;

Señores Académicos:



UESTRO voto unánime, benévola-mente emitido en mi favor, otorgóme un galardón tan honroso como innecesario al admitirme en el seno de esta Real Academia y elevarme hasta vosotros que, con toda justicia, gozáis de notoria autoridad médica y de los más bien cimentados prestigios científicos y profesionales, e inunda mi alma de intensa satisfacción y de júbilo indecible, que ha de manifestarse hoy solemnemente, por ser el día que señalasteis para mi ingreso, y por esto mismo el designado para que yo dé público testimonio de la inmensa deuda de gratitud que con vosotros tengo contraída; pero esta satisfacción está acibarada por la pena, y este júbilo ensombrecido por el temor de que por mis menguadas dotes intelectuales y por mi exiguo caudal científico, no he de poder emular vuestros merecimientos; y esta pena y este temor se agrantan y adquieren abrumadoras proporciones al considerar que habéis dispuesto que suceda al sabio catedrático, médico eminente y experimentado clínico, Doctor Enrique Slocker, que para bien de la ciencia nacional, continúa en su actual residencia, dedicando su portentoso talento y sus extraordinarias facultades a laborar por el progreso y adelantamiento de la Medicina patria.

El Doctor Don Enrique Slocker La Pola, que a los 21 años obtuvo por oposición el título de Licenciado en Medicina, fué discípulo predilecto de los Doctores Esquerdo, Santero, Castelo y Olavide, se asimiló con tan asombrosa facilidad y rapidez las enseñanzas de aquellos grandes maes-



tros, que muy pronto fué reputado como autoridad en las distintas especialidades que aquellos eximios profesores con tanto brillo para la ciencia española cultivaban. Como prueba de su laboriosidad y de su saber, publicó un tratado de *Dermatología y Sifilografía*, tan apreciable que mereció ser honrosamente calificado por el Consejo de Instrucción pública.

Sustituyendo en la cátedra al eximio Doctor Letamendi y preparando particularmente a los aspirantes a la Licenciatura que de él lo solicitaban, adquirió el Doctor Slocker la experiencia y práctica pedagógica que tan fructífera y provechosa para sus discípulos ha sido siempre, durante los largos años que se dedicó a su intensa labor docente.

Tales eran los méritos relevantes del Doctor Slocker, cuando en 1887 vino a Valencia para desempeñar la cátedra de Anatomía, vacante a la sazón por haber sido trasladado a Barcelona, el entonces ya eminente Doctor Cajal, y poco después propuesto para el ingreso en esta Real Academia, en la que se le designó el sillón que había ocupado el sabio catedrático de esta escuela Doctor Gimeno y Cabañas, quien como premio justísimo a sus incomparables merecimientos científicos y académicos, y a los relevantes servicios que a la Patria ha prestado, ostenta hoy el título nobiliario de Conde de Gimeno.

Ya ingresado el Doctor Slocker en esta Real Academia, tomó activísima parte en sus trabajos, emitió, con gran acierto y prudencia, importantísimos informes de carácter científico unos, de índole profesional otros, y consiguió siempre que, con justicia, fuera su razonada opinión favorablemente admitida y en muchas ocasiones unánimemente aceptada.

¡Cuán grande e inminente es para mí el riesgo de que se establezca el paralelo entre los eminentes e incontables méritos científicos de los dos colosos de la Medicina que me han precedido y los escasos y diminutos del que viene a sucederles!

\* \* \*

Es ley instituida y promulgada por los reglamentos, sancionada por la costumbre, y fiel y respetuosamente cumplida y acatada por todos, que para el ingreso solemnemente en las Reales Academias, hayan de redactarse monografías, disertaciones o discursos en los que, clara y ostensiblemente, se pongan de manifiesto las superiores dotes de ciencia y de talento, y las condiciones de aptitud para el estudio que adornan a los recipiendarios. Todos vosotros os habéis sujetado a tan justa ley, y, con este motivo, habéis publicado eruditísimos y hermosos trabajos que, siendo verdaderos modelos de bien decir, son al mismo tiempo, y sobre todo, reflejos de los últimos adelantos científicos, constituyendo, cuando se escribieron, la última palabra respecto a los puntos que estudiabais, todos ellos referentes a



esta ciencia bendita que todos profesamos, tan humanitaria y benéfica que, según los Libros Santos, es de origen divino, pues que proclaman que *toda medicina de Dios procede* (1), y tan indispensable para el buen régimen de la humana sociedad que la antigüedad clásica la creyó inventada por Apolo, y para darle más noble y sobrenatural abelengo, creó los simpáticos mitos de Higia y Panacea, divinizó a Esculapio y elevó á la categoría de héroes al centauro Quirón y á Machaon y Podaliro.

Únicamente yo, al llegar a los umbrales de esta docta Academia, vengo sólo henchido de profundo agradecimiento por vuestra bondad y benevolencia para conmigo, y lleno de justificada temor de que mi desmezdado discurso desentone lastimosamente de los que le han precedido, porque arrastrado por mis aficiones, vivo casi sistemáticamente y desde antiguo apartado del ejercicio profesional, de las enfermerías y de la clínica, y he preferido descifrar enrevesadas abreviaturas a la observación atenta y obstinada de los fenómenos de biología microbiana: me han atraído con más fuerza la lectura e interpretación de antiguos pergaminos y vetustos códices que el estudio profundo de los estupendos descubrimientos físicos y químicos que tan portentoso progreso imprimen a la higiene y a la terapéutica, viéndome obligado a buscar el tema de mi discurso en el inagotable arsenal que ofrecen los asuntos histórico-médicos, y éstos a pesar de su innegable y grandísima importancia, están desprovistos del interés de actualidad palpitante y de aplicación práctica inmediata que caracteriza y hace atractivos a los estudios que generalmente gozan de mayor predilección.

No obstante este mi justo temor, aléntame para persistir en mis propósitos la consideración de que médicos muy sabios y eminentes no sólo no desdénaron las investigaciones históricas de la medicina y la de las instituciones y práctica médicas, sino que, como Freind, Haller y Sprengel, deben su renombre a esta clase de estudios; que por ellos brillaron principalmente en nuestra patria Villalba, Chinchilla, Hernández Morejón y otras; que una antigua y prestigiosa corporación médica de Valencia viene dedicando, desde hace varios lustros, una sesión solemne anual a enaltecér la medicina regional en la persona de un médico coterráneo eminente; que los sillones de esta misma Real Academia fueron ocupados por catedráticos tan insignes, prácticos tan experimentados y sabios tan eminentes como mis inolvidables maestros Peset y Vidal y Sánchez Quintanar, que con muy apreciables trabajos literarios el primero y en sus colecciones bibliográficas el segundo, dejaron bien demostrada su predilección por los estudios históricos; que estas aficiones son afortunadamente continuadas y

(1) *A Deo est omnis medicina* (Libro del Eclesiástico, cap. XXXVIII, vers. 2.)



cultivadas con éxito por muchos de vosotros, y que en nuestros tiempos una brillante pléyade de escritores y publicistas médicos, alguno de los cuales frecuentaba hace medio siglo las aulas de esta escuela, se crearon envidiable renombre dilucidando puntos histórico-médicos oscuros y embrollados.

Así como los antiguos cronistas al escribir la historia general de los pueblos atendieron principalmente a relatar los acontecimientos militares y los grandes cambios políticos, dejando, con lamentable desdén, a un lado la historia de la industria y del comercio, y la de las letras, las ciencias y las artes, los grandes historiadores de la medicina se han ceñido exclusivamente a tomar como patrón la historia de las escuelas filosóficas y la de la influencia que en la Medicina ejercieron, reseñando con prolijidad los diferentes sistemas que se han sucedido, no teniendo como fuentes de conocimiento más que las obras de los grandes maestros, los hechos más culminantes de la historia civil, la legislación antigua y moderna de los pueblos y las obras de los más insignes prosistas, oradores y poetas de todos los tiempos, omitiendo con desdén, tal vez aparente, y en este caso, disculpable, los datos preciosísimos que suministran los Privilegios reales; las disposiciones de los Gobernadores, Señores territoriales y Magistrados municipales; los cartularios, libros-registros y de cuentas de los antiguos hospitales, cofradías, gremios y colegios, y los que con harta frecuencia se encuentran en los protocolos notariales, fondos todos de archivo, en que todavía yace oculta la historia íntima de los pueblos.

De todas estas fuentes de verdad purísima y de irroprochable autenticidad, proceden las numerosísimas notas que tenemos reunidas referentes a lo que en la época fatal fueron en Valencia las epidemias, cómo se entendía la higiene, lo que eran las especialidades médicas, la medicina forense y el régimen interior de los hospitales. En cualquiera de estos grupos podríamos encontrar asunto para este discurso; pero por ser de interés más general, y sobre todo porque, a nuestro modo de ver, permite fallar en definitiva, en una cuestión histórica que tiene aún en desacuerdo a los más eruditos e ilustres escritores de todos los países, nos proponemos demostrar que **EL MAL DE SINT MEN O DE SEMENT EXISTIÓ EN VALENCIA ANTES DE LA ÚLTIMA DÉCADA DEL SIGLO DÉCIMO QUINTO; DILUCIDAR CUÁL SEA ESTA ENTIDAD NOSOLÓGICA, Y RECORDAR LOS CARACTERES CLÍNICOS QUE EN SU PRINCIPIO PRESENTABA Y LOS MEDIOS DE TRATAMIENTO CON QUE SE LA COMBATÍA;** valiéndome para ello principalmente de los preciosísimos datos que se encuentran en libros-registros y documentos conservados en los archivos valencianos, que hasta el día no han sido con este objeto estudiados.



Siendo nuestro propósito tratar un asunto referente al estado sanitario de nuestra ciudad en una época determinada, juzgamos de imprescindible necesidad recordar a grandes rasgos las condiciones higiénicas de la urbe valenciana en dicha época, las de adelanto industrial y mercantil, el progreso científico y literario, las condiciones sociales y las de comodidad y lujo, todas ellas demostrativas del grado de civilización y de cultura.

La ciudad de Valencia, que por su clima apacible y feraz suelo y, sobre todo, por la laboriosidad de sus naturales y por las sabias leyes forales por que éstos se regían, consiguió rápidamente reponerse de los inmensos quebrantos y terribles daños que le ocasionaron la desoladora peste negra que affigia a todo el mundo al promediar la centuria décima cuarta, y las sangrientas guerras de la Unión y con Castilla que por el mismo tiempo tuvo que sostener, no acertó, sin embargo, a mejorar medianamente las condiciones higiénicas de la ciudad, que aún en el último cuarto del siglo XV, que es la época que ahora más particularmente nos interesa, no había podido urbanizar por completo los extensísimos solares edificables que en el ensanche del año 1456 quedaron incluidos en sus muros. La Casa de la Ciudad, el Palacio del Obispo y los de los Magnates, las Iglesias y los Conventos eran ciertamente, por lo general, edificios de gran magnificencia que contrastaban notablemente con la multitud de pequeñas y humildísimas viviendas con un solo piso alto, que, mal ventiladas, se apretaban en reducidas manzanas, que se separaban entre sí por callejas estrechas y tortuosas, que, al mismo tiempo que vías de comunicación, eran sumidero de las aguas pluviales, que muy incompletamente podían recoger las alcantarillas, y depósito de toda clase de sucios detritus. Las grandes acequias colectoras de inmundicias corrían abiertas por parajes públicos de la ciudad y junto a sus murallas, y el rudimentario alcantarillado permitía toda clase de filtraciones y hacía en gran manera nociva el agua de los pozos, única de que los valencianos podían entonces disponer.

No obstante estas múltiples causas de insalubridad pública, creció notablemente en un siglo la población urbana e imprimió gran progreso a la industria y al comercio, y se cultivaron con tal interés las letras y las artes, que ya que por obstáculos que afectan los mismos fueros, no pudo, por entonces, fundarse el Estudio general, contó en su seno varias escuelas superiores fundadas, unas por el Cabildo Catedral, y por la Ciudad y particulares otras, y vio florecer una brillante pléyade de pintores, orfebres y profesionales de todas las artes, cuyas obras enriquecieron las Iglesias y los Palacios de reyes y magnates de dentro y fuera de los estados aragoneses, siendo en la actualidad consideradas como las más preciadas joyas de los museos las escasas obras de aquel tiempo que han llegado hasta nosotros; siendo prueba fehaciente de este exuberante movimiento literario el que Lamberto Palmart escogió nuestra ciudad para implantar la



imprensa en España, asociándose a su compatriota Jacobo Vizland, mercader alemán establecido en ella, por juzgar más conveniente a sus intereses residir en Valencia que en cualquiera otra ciudad española.

Pero en contraposición con la proverbial laboriosidad del pueblo, que originó la prosperidad y bienestar de que en general se gozaba, hay que notar, que por la activa y continua comunicación terrestre con los países del interior, el frecuente aflujo de aventureros y soldados mercenarios que de todas partes acudían para alistarse en los ejércitos del Rey de Aragón, que combatían en la península y en Italia; los correos y comunicaciones marítimas periódicas y regulares que a mediados del siglo XV estableció el Rey Magnánimo entre Nápoles y Valencia; el activísimo comercio marítimo que poderosos mercaderes coterráneos y los de Génova, Pisa, Florencia y varias otras ciudades de Italia y de Alemania, que aquí estaban establecidos, mantenían con los países de Oriente y con los pueblos latinos y de la Europa Central, ocasionaban una numerosa y abigarrada población flotante, formada por gentes de todas partes que no descolaban, sin duda, por sus mitigadas costumbres y su moralidad, y que junto con los disolutos y viciosos naturales del país, mantenían las depravadas costumbres que enérgicamente pretendían corregir los intagerrimos Jurados y gobernantes superiores, costumbres que descarnadamente menciona y con ardiente celo apostólico justifica en sus elocuentes sermones San Vicente Ferrer, que tan duramente combate el P. Ximenix en sus eruditas escrituras, y con tan vivos colores y gracioso estilo describe el médico-poeta Jaime Roig.

\* \* \*

Conservamos en nuestra modesta librería una pequeña colección manuscrita de noticias referentes a Valencia, que, generalmente en extracto, y en este caso, traducidas en parte al castellano, entresacó en el siglo pasado algún curioso del celebrado dietario, que, tomándolo de los libros y registros oficiales, comenzó a redactar, hace cerca de quinientos años, el ciudadano y distinguido hombre público de Valencia, Guillermo Mir, y que más tarde continuó Mossen Mascó. La primera de las noticias correspondientes a las que recogió este último, es la que, literalmente descrita, dice lo siguiente:

EN 1489 COMENZÓ LA PESTILENCIA EN VALENCIA; DURÓ POR TODO EL MES DE AGOSTO; MURIÓ MUCHA GENTE.

COMENZA UN MAL APELLAT DE SEMENT, QUE PORTA GRANDISSIMA DOLORE E CONGOIXA EN TOTA LA PERSONA, I ES LA DITA PESTILENCIA GENERAL EN TOT LO MON; DIHUES LOS MEIGES QUE VE DE GRAN SEQUITAT.

Como se ve, esta efeméride hace relación a dos acontecimientos sani-



tarios de nuestra ciudad; recuerda primero la devastadora epidemia que duró hasta fin de Julio del año siguiente, y de la que más adelante nos hemos de ocupar con alguna detención, y da cuenta después de una enfermedad, si no nueva, poco conocida, que fué general en todo el mundo, y que designa con su propio nombre calificándola de *pestilencia*, queriendo con ello, tal vez, significar su carácter contagioso, alude a sus más principales síntomas, e indica la común opinión de los médicos sobre su etiología.

Anticipándonos a las objeciones que pudieran hacérsenos, y rindiendo el debido culto a la justicia, nos apresuramos a declarar que una noticia encontrada en un manuscrito moderno, atribuida a un original del siglo XV, que, perdido hasta el día, sólo nos es conocido por la copia incompleta del siglo XVIII, que perteneció a Berrull, está desprovista de las condiciones de autenticidad exigidas por la crítica; pero como existen, a nuestro juicio, razones muy atendibles para no desecharla en absoluto, comenzamos por ella la prueba documental de nuestra disertación.

Fijándonos atentamente en esta efeméride, salta a la vista que en su primera parte se refiere a la existencia de la peste, y por su extremada brevedad parece evidente que está muy extractada, por lo que tal vez se redactó en castellano, que sería la lengua que el compilador emplearía preferentemente en sus escritos; la segunda está escrita en castizo lenguaje valenciano de la época a que se refiere, y sin dejar de ser breve y concisa, dice en ella todo lo que, sin duda, decía el original, que no nos parece aventurado pensar que debió existir en la rica biblioteca del convento de Santo Domingo, de esta ciudad, porque a ella pertenecían la mayoría de los libros manuscritos que sirvieron de original a las copias y extractos que contiene el libro de referencia.

En la copia del dietario de Mir y del de Mascó que tenía en su biblioteca y continuó Berrull, presenta en el año 1484 una efeméride tan semejante en su redacción y contenido a la que hemos transcrito, que sólo por el cotejo que pacientemente hemos practicado de ambas copias de un original que consideramos definitivamente perdido, adquirimos el convencimiento de que no son la misma, y que cada una de ellas se refiere a fecha diferente.

Como vamos en seguida a probar con documentos auténticos y fehacientes, y con argumentos que juzgamos irrefutables, que el *Mal de senent* existía en Valencia en 1489, es obvio que los dietaristas Mir y Mascó pudieron consignar, y seguramente consignaron en sus memorias, la existencia de la terrible enfermedad que constituyó verdadera plaga en los últimos años del siglo XV.



Como en remotos tiempos, cuando eran más frecuentes y cruales las plagas y azotes de todo género que affligian a la humanidad, era más vivo y ostensible el sentimiento religioso que, innato en el hombre, le impele a impetrar la protección divina cuando se ve víctima de males y desgracias que considera humanamente irremediables, no es extraño que en la nomenclatura nosológica pretérita, muchas enfermedades, generalmente incurables o contagiosas, de naturaleza entonces desconocida, de efectos por muchos conceptos terribles y de tratamiento empírico ineficaz e inseguro, se designaran con los nombres de los Santos que se tenían como especiales patronos, y con cuya sobrenatural protección contaban confiados los enfermos para alcanzar su curación o alivio. Con frecuencia en los tiempos medievales, y aun en tiempos mucho más cercanos a nosotros, se organizaban numerosas y nutridas carabanas de enfermos de un mismo mal o de varios, que recorrían grandes distancias para visitar como peregrinos algún santuario célebre, donde se ofrecían con gran veneración al culto público imágenes de gran renombre o insignes reliquias de Santos, a las que se atribuía extraordinario poder.

Por los escritos del insigne valenciano Gaspar Torrella, Obispo de Santa Justa en Cerdeña y médico de Alejandro VI (1), sabemos que en la costa norte de Francia, en la Bretaña Armórica, como entonces se llamaba, en la Diócesis de Saint Malo, y no lejos del río Gaël, se levantaba el Monasterio de San Meen, donde, con gran veneración, se guardaban las reliquias de este Santo, ante las que acudían numerosos enfermos afectos de un mal que se designaba con el nombre del mismo Santo, y que se consideraba tan contagioso, que se obligaba a los enfermos peregrinos a emplear, como distintivo, en sitios tan visibles como la cabeza y la parte anterior del pecho, la figura de la mano recortada en paño rojo, para que fácilmente destacara del color de los vestidos y pudieran apartarse de ellos los que temieran el contagio (2).

A estas romerías o carabanas al célebre monasterio de San Meen de Gaël, organizadas con fines más bien terapéuticos que religiosos, atraídas por vehementes deseos de curación, acudían gentes de todas partes, y esto explica que los alemanes, aun en tiempos posteriores, llamasen a esta enfermedad *Mal de San Mesio*, nombre latino del Santo Meen o Main (3). Transportada la enfermedad a los estados aragoneses, fué conocida en Cataluña y en Valencia con el mismo nombre francés de *Saint Mein*; pero, seguramente por la similitud del vocablo, fué muy pronto indistinta-

(1) *De Dolore in podendagra*, citado por Astruc en su obra *De morbis venereis*, segunda edición, tomo I.º, pág. 5, Bibl. Escudat. Med. Valencia.

(2) Astruc, lugar citado, pág. 5, nota, tomo I.

(3) Fracastor, *De morbis contagiosis*, libro II, cap. XI, en mi librería.



mente conocida por este nombre y por el de *sement*, que, traducida por los aragoneses, llamaron a la enfermedad *Mal de simiente* o de *Sau Cimiente*.

Uno de los escritores médicos que primero se ocuparon del estudio de las enfermedades venéreas, nuestro insigne compatriota Gaspar Torrella (1), afirma que los catalanes, valencianos y aragoneses daban el nombre de *Mal de sement* a la gravísima enfermedad que él creyó denominar con mayor propiedad llamándola *Pudendagra*, la cual, casi desde que comenzó a ser conocida, se llamó vulgarmente *mal gálico o francés*, y que desde el siglo XVI es casi universal y exclusivamente llamada *Sifilis*, nombre que en su celebrado poema le impuso el sabio médico, matemático y filósofo y genial poeta italiano Jerónimo Fracastor.

De Torrella lo han tomado los sifilógrafos que le siguieron, y en las obras de muchos de ellos se cita en la sinonimia de la enfermedad el nombre de *Mal de sement*, y con igual significado se encuentran en los diccionarios valencianos y catalanes de más nota y mayor aceptación, no sólo esta palabra, sino también sus adjetivos derivados *sementus* y *sementosa*.

Consideramos indiscutible que Torrella pudo tener, y seguramente tuvo, referencias frecuentes, exactas y directas del estado sanitario de nuestra ciudad, de la que estaba ausente quizá más de veinte años, porque su cargo de médico particular de Alejandro VI le obligaba a residir en Roma (2), pues aun sin contar que en Valencia estaban y vivían Ferrer Torrella, su padre, y Jerónimo, su hermano, ambos médicos sabios y prestigiosos que prestaron múltiples, relevantes y lucrativos servicios profesionales, particularmente este último, autor de un libro muy apreciado en su tiempo (3) y médico de la Casa de Fernando el Católico, que no dejarían de informarle de los asuntos sanitarios que más sobresaliente y capital importancia tuvieron en nuestra ciudad, había en Roma en tiempos de los Borjas, aun antes de la exaltación al solio pontificio de Alejandro VI, una numerosa colonia de valencianos, sin duda en buenas relaciones entre

(1) Astruc, *le morbis veneris*, tomo 1.º, pág. 5, 2.ª edición.

(2) En 6 Octubre de 1477, Gaspar Torrella, maestro en artes y clérigo de Valencia, confiere extensos poderes a su padre Ferrer Torrella, por la administración de bienes propios de ciertos beneficios eclesiásticos, y ocho años más tarde estaba todavía ausente de esta ciudad, porque su padre, en uso de los indicadas poderes, hace ciertos contratos con una tercera persona. Esto parece indicar, que Gaspar salió de Valencia en 1477, y estudió medicina en alguna universidad extranjera, porque como se ha visto, no era aún médico al salir de Valencia.

(3) Hemos visto un hermosa ejemplar de esta obra que poseía nuestro amigo D. Isidoro Fourrat y Valier, y ahora existe en la Biblioteca particular del Excelentísimo Sr. D. Pascual Guzmán y Pajarón.



si, que mantendrían una activísima correspondencia con sus deudos y amigos de su ciudad natal.

Pero como a pesar de la indiscutible autoridad de Torrella pudiera dudarse de la identidad nosológica de la sífilis y el *Mal de sement*, intentaremos desvanecer toda duda valiéndonos de la luz clarísima que se desprende de un expediente o proceso extrajudicial que se tramitó en Valencia en 1528, y que tuvimos la fortuna de encontrar hace algunos años en uno de los archivos de esta capital (1).

Nuestras leyes forales, no obstante el espíritu democrático en que se inspiraban, permitían la esclavitud, que era tenida y considerada como la cosa más natural y corriente por nuestros antepasados, insensibles a tan monstruosa desigualdad. Los seres humanos de raza blanca o negra que se destinaban a este inhumano y repugnante tráfico, procedían generalmente del norte de Africa, o de los países musulmanes de Oriente, y eran considerados casi como irracionales, pues que se adquirían generalmente por compra y variaba su valor según la edad, grado de fuerzas y estado de salud. En los contratos de compra de esclavos, que no es raro encontrar en los protocolos notariales de los siglos XIV, XV y XVI, no se olvidaba nunca la cláusula referente a la existencia de enfermedades ignoradas o encubiertas, que anulaban la venta y traían como consecuencia la rescisión del contrato y devolución de la cantidad recibida como precio.

En Diciembre de 1527, el doctor en medicina Juan Calvo, compró una esclava que resultó enferma de *Mal de sement*, por lo que un mes después reclamó la anulación de la venta; pero por negar los hechos el vendedor, se instruyó un proceso que ahora tiene verdadero interés para la historia de la medicina forense en Valencia, en el cual, propuestos por cada una de las partes, actúan como testigos o como peritos varios médicos y cirujanos de esta ciudad, y en las declaraciones e informes de éstos se encuentran mencionados los síntomas que la enferma presentaba, según los peritos nombrados por el comprador, y los que, según los del vendedor, hubiera tenido, formando entre los nombrados por todos ellos, el cuadro completo de los que son propios de la enfermedad en cuestión.

Con palabras del más castizo lenguaje valenciano, tan gráficas como expresivas, que creemos oportuna reproducir, aunque pueden disonar a nuestros oídos por su ordinarec, afirman algunos de aquellos profesores que la esclava enferma padecía desde hacía algunos meses de *Mal de sement*, enfermedad eminentemente contagiosa *que raiga prins que nos mostra de fora*; que muchas veces los que la padecen *aprés que son curats los acostama tornar*, y que está caracterizada por *plagues en la*

(1) Archivo del Cabildo Catedral de Valencia, núm. 2.340.



*gola; bongo en les anques y garrons; piagues grosses y dolors,* vocablos y frases con los que claramente se significan, no sólo las lesiones guturales y de la boca, los infartos ganglionares y los exostosis, las dermatosis y úlceras cutáneas y los dolores osteócopos, sino que también se alude al período de incubación, a la manifiesta contagiosidad del mal y a la desaparición temporal de algunas manifestaciones cutáneas, que entonces se tomaba como curación aparente, para reaparecer más tarde con iguales caracteres de gravedad.

\* \* \*

Sólo por razón del método que nos hemos impuesto para llevar a término el plan previamente trazado para esta disertación, creímos deber aplazar la prueba de que el valenciano Guillermo Mir, si que pudo consignar en sus memorias que existió *Mal de sement* en Valencia en 1489; y ahora, después de haber dilucidado cuál sea la entidad nosológica que a dicha enfermedad corresponde, creemos llegada la ocasión de continuar la interrumpida tarea, fundándonos para ello en hechos bien comprobados o generalmente admitidos por escritores desapasionados e imparciales.

La copiosa y extensa bibliografía que ocupa todo el segundo tomo de la monumental obra *De morbis veneris*, que en el siglo XVIII publicó el erudito Astruc, concienzudo historiador de la sífilis y adversario irreductible de la antigüedad de este mal, comienza por los artículos referentes a las obras de Regiomonte y Middelburgo publicadas, respectivamente, en 1475 y 1487; el primero, según Paracelso, fundándose en datos y observaciones astrológicas, predijo la aparición de la lue venérea en unas efemérides que publicó en la fecha más arriba indicada. El segundo, según afirma Mainardo, fundado en igual clase de razones, hizo el mismo vaticinio en un libro *De Prognostico XXannorum*, que dedicó al Príncipe Urbino y al sabio Octaviano de Utaldino, diciendo que «en los que estuvieran bajo el influjo de ciertos astros, era inminente la aparición de una enfermedad, difícilmente curable, que atacaría los órganos genitales».

Asegura Astruc que, a pesar de haber registrado cuidadosamente el «Almanak» publicado por Regiomonte en 1475, no ha podido comprobar el aserto de Paracelso, y respecto a Middelburgo, se limita a copiar las palabras de Mainardo; pero al incluir las predichas obras astrológico-médicas entre las de los sífilógrafos, es obvio que considera dignos de tenerse en cuenta los pronósticos que Paracelso y Mainardo atribuyen a Regiomonte y Middelburgo.

En 1494, algunos lustros después de haberse publicado estos pronósticos, la sífilis, caracterizada entonces por su extraordinaria virulencia y malignidad, reinaba en casi toda Europa, y eran tantas las víctimas y



tantos los daños que causaba, que constituía una verdadera plaga de la humanidad. Es, pues, evidentiísimo que los astrólogos mencionados acertaron completamente en sus pronósticos, y ante estos hechos, que fiados en el buen nombre de Paracelso y Mainardo que los refieren, y sobre todo fiados en la honorabilidad de Astruc que los acepta, siendo, como es, adversario convencido de la antigüedad de la sífilis, parecemos lógico pensar que los indicados autores, al formular sus pronósticos, debieron fundarse y tener en cuenta, más que las observaciones astrológicas, cuyo valor pregonan, los datos que les pudiera proporcionar la clínica, si, como no renugna creer, tuvieron noticias de la existencia de una enfermedad gravísima y contagiosa, contra la cual no podía oponerse dique alguno por ser desconocida en sus causas y en su tratamiento, comprendiendo con extraordinaria clarividencia que por su marcha, siempre progresiva, había de adquirir gran desarrollo en el transcurso de un tiempo relativamente corto.

Al considerar imparcial y desapasionadamente estos hechos, surge en el ánimo el siguiente dilema: o Reginonte y Middelburgo vieron o tuvieron noticias de la existencia de la sífilis en sus respectivos países en 1475 y 1487, y en este caso es claro que pudo ser transportada a Valencia en 1489, o la Astrología, que consideramos como un conglomerado informe de afirmaciones gratuitas y de creencias quiméricas, con juicios y deducciones más bien fantasmagóricos que falaces, es, por el contrario, una ciencia seria y bien constituida, que se apoya en fundamentos sólidos y racionales y, por consiguiente, digna de que los sabios se dediquen con entusiasmo a su estudio, y la rodeen del respeto, consideración y prestigio de que gozaba en los lejanos tiempos de la Edad Media y del Renacimiento. De estos términos del dilema, escogian los desapasionados el que juzgan más conforme con los dictados de la razón, de la verdad y de la justicia.

Aunque por no reunir bastantes garantías de credibilidad, dejamos a un lado la opinión de Fioracinto, admitida y copiada por nuestro Andrés del Alcázar, según los cuales el morbo gálico fué conocido en Italia en 1456, durante la guerra que Alfonso V de Aragón sostuvo con Carlos de Anjou (1), no quedamos desprovistos de razones que vienen en apoyo de la hipótesis que, como acabáis de ver, nos hemos permitido hacer respecto a los pronósticos astrológico-médicos que Reginonte y Paulo de Middelburgo publicaron en 1475 y 1487 respectivamente, teniendo por el

(1) Véase la biografía de Andrés del Alcázar, en las obras clásicas de la historia de la medicina española de D. Antonio Hernández Morejón y D. Anastasio Chinchilla.



contrario, razones que en nuestro concepto, dan algún fundamento y valor respecto al primero y un alto grado de probabilidad a la del segundo.

Nuestro queridísimo amigo el erudito bibliófilo D. José E. Serrano y Morales, desgraciadamente perdido ya para la patria, tenía en gran aprecio un rarísimo incunable en su selecta y riquísima biblioteca, precedido de once hojas manuscritas a dos columnas por alguno de sus antiguos poseedores. Este incunable que se titula *Almanak perpetuum por Zacut*, fué impreso en Leiria (Portugal) en el año 1496, y las hojas manuscritas lo están todas por la misma mano, sus caracteres paleográficos corresponden a los últimos años del siglo XV, y se hallan redactadas la mayoría en latín y alguna en antiguo castellano de la misma época. Este manuscrito comienza por una efeméride latina, que es la que nos interesa y vamos a transcribir literalmente; a ésta siguen varias notas y apuntes astronómicos, una extensa profecía fundada en observaciones y cálculos astrológicos, y varias efemérides (1). La noticia que tiene para nosotros particular interés, literalmente transcrita dice: A. D. [anno domini] 1496 DIE 16 JANUARIJ FOIT CONJUNCTIO SATURNI ET MARTIS IN 3.<sup>a</sup> FACIE PISCUM ET INDUXIT MORBUM QUI VULGO NOMINE MAL DE FRANCOIS APPELLATUR ET FUIT ALIAS ANNO 1436.

Como se ve, según esta nueva prueba que aducimos, en 16 de Enero de 1496, tuvo lugar la conjunción de Saturno y Marte (los dos planetas nefastos, según los astrólogos) en la tercera faz de Piscis, lo que produjo la enfermedad que vulgarmente se llama mal francés, *el cual existió otra vez en 1436*.

Aunque, según toda probabilidad, esta efeméride no está redactada por ningún valenciano, y seguramente no se refiere tampoco a Valencia, pues no da a la luz venérea el nombre con que aquí era generalmente conocida, ofrece, sin embargo, como dato interesante, el de que la enfermedad ocasionada, según su autor, por el fenómeno astronómico que conmemora, tenía ya nombre, lo que indica que no era del todo nuevo, y sobre todo afirma de una manera rotunda y categórica que esta enfermedad había ya aparecido sesenta años antes. ¡Lástima grande que esta afirmación terminante no vaya acompañada de alguna indicación referente al lugar en que apareció la enfermedad en 1436!; pero así, tal como la encontramos y hemos transcrito, viene en apoyo de nuestra opinión referente al pronóstico de Regimiento en 1475.

La afirmación categórica y rotunda que, como testigo presencial, hace el sacerdote español Francisco Delgado o Delicado, de que el morbo gálico

(1) Existe ahora este precioso incunable en la misma Biblioteca de Serrano y Morales, que forma parte de la Municipal de Valencia.



apareció en Rapallo de Zaneva en 1488 (1) es tan terminante e incontestable que el gran Astruc, que en su obra había de defender ante todo su opinión y criterio completamente opuestos a la antigüedad de la sífilis, a pesar de su honorabilidad y honradéz literaria, no titubó en pasarla en silencio en el artículo bibliográfico que dedica a este autor en su monumental obra *De morbis veneris*, en cuyo artículo mismo está la prueba palmaria de que Astruc sí que leyó el opúsculo de Delgado, pues aunque la indicación bibliográfica difiere algo de la que trae Procksch, en la sustancia del extracto de Astruc coincide con el texto italiano de las extensas notas que ilustran la obra del moderno historiador austriaco.

Esta afirmación categórica, que no es lícito dejar olvidada ni rechazar sin pruebas fehacientes e irrecusables, viene a dar como al principio decimos, alto grado de probabilidad a nuestra hipótesis referente al pronóstico que el astrólogo Paulo de Middelburgo publicó en 1487, porque conocidas, como ahora son, las causas de la enfermedad, y siendo, por tanto, inadmisibles las que le atribuían los antiguos, no repugna creer que pudo el astrólogo alemán ver en su tierra en 1487 lo que el escritor español vió en Italia al año siguiente.

Como acabamos de ver, por las palabras de Torrella que transcribe Astruc, consta que los valencianos, junto con los catalanes y aragoneses, dieron un nombre especial a la sífilis, con lo que dicho queda que conocían esta enfermedad; pero habiendo sido publicado el libro de Torrella en 1497, pudiera objetarse que sólo de unos pocos años databa el conocimiento que de la misma tenían nuestros compatriotas de aquella fecha. Esta objeción quedaría deshecha sólo con mirar el texto latino de Torrella: dice éste: *Valentini, catalani et aragoneses ipsam morbum sementi vocarunt*, empleando el pretérito del verbo en lugar del presente, que hubiera sido también exacto, por cuanto es sabido que el término *Mal de sement* se empleó en casi todo el siglo XVI; además, cuando nuestro escritor explica el motivo y origen de esta denominación y describe las caratemas o romerías de enfermos al Monasterio de Gaël, lo hace en términos tales, que alejan del ánimo del lector la idea de que se trate de una costumbre entonces moderna: dispase, además, toda duda de que pueda ser así, consultando las obras que nuestro autor tuvo a la vista, una de las cuales hemos encontrado por fortuna (2).

En el tomo IV de las actas de los Santos del mes de Junio, a 21 de

(1) Delicado Francesco: *Il modo di adoperare il leguno de India occidentale, salufifero a ogni piaga e mal incurabile*. Venetia 1529 - 4.º - 8 hojas sin numerar, citado por Procksch. *Die geschichte der venerischen Kraukheiten*, Bonn 1895.

(2) *Acta Sanctorum Junii*, tomo IV, Antuarpiæ, 1707, Bibl. universitariæ, 9 - 8 - 8.



dicho mes, se encuentra, además de otras varias, la biografía de Saint Mein, Majano o Meveno, redactada por el sabio filósofo y naturalista dominico del siglo XII, Alberto el Grande, y en ella se hace constar que en su tiempo, multitud de enfermos que padecían el *Morbus Sancti Majani*, acudían en peregrinación a venerar las reliquias del Santo para recobrar la salud, con lo que queda plenamente demostrado que la costumbre que Torrella describe era ya antigua en su época.

En las dos primeras estrofas del «Tratado sobre las pestíferas bubas» (1) del licenciado Villalobos, dice este célebre y sabio médico castellano que sobrevino la terrible enfermedad de que trata en su opúsculo, que como es sabido es la misma de que venimos ocupándonos, cuando los Reyes Católicos gozaban ya de gran prestigio y del amor de sus vasallos por haber dado la paz a sus estados, dominado a los magnates revoltosos, vencido a los reyes enemigos y destruido a los tiranos, y más adelante, en las estrofas cuarta y quinta, al tratar de las causas de la enfermedad y mencionar la opinión de los teólogos, dice que este mal es un justo castigo por los pecados de los hombres, especialmente por no querer combatir contra los infieles.

Ahora bien, si recorremos la historia de los Reyes Católicos, será fácil advertir que en Octubre de 1476 se dió la batalla de Toro, en que fueron completamente vencidos los portugueses, aunque la paz no vino a concertarse hasta 1479, terminando con ella la guerra de Sucesión y las enconadas discordias civiles que con este motivo habían existido entre los magnates de uno y de otro bando. La paz con Francia se había ajustado ya el año anterior, y por subsistir aún la tregua acordada con el rey de Granada, se disfrutaba de completa paz en Castilla y Aragón, paz que vino a quebrantarse dos años más tarde, cuando rompiendo los pactos y aprovechando una noche tempestuosa, el rey moro de Granada se apoderó por sorpresa de la fortaleza de Zahara en 1481. Al decir en la estrofa quinta que esta enfermedad era un castigo por no querer los cristianos pelear contra los infieles, claramente se indica que había infieles que combatir, y que, por consiguiente, existía aún el reino musulmán de Granada.

Queda, pues, sentado que, según Villalobos, apareció en España la enfermedad de las bubas entre los años 1479 y 1481, afirmación que, como se ve, viene en apoyo de nuestra tesis, y a demostrar la probabilidad de que existiera también en Valencia y, por consiguiente, pudiera Guillermo Mir consignarlo en sus memorias en 1489.

En 5 de Abril de 1488, el milanés Pedro Mártir de Angleria, que

(1) *Tratado sobre las pestíferas Bubas*, por el licenciado Villalobos. Apéndices III del tomo primero de la *Historia bibliográfica de la medicina española*, por D. Antonio Hernández Morejón.



estaba al servicio de los Reyes Católicos, escribió desde Juén una carta a Arlo Lusitano, helenista portugués que residía en Salamanca y estaba enfermo de «bubas» o mal francés (1). Esta carta, que constituye un formidable argumento en pro de la antigüedad de la sífilis, porque es de fecha anterior al descubrimiento de América, y no sólo menciona los varios nombres con que entonces era conocida esta enfermedad, sino también sus síntomas más principales y característicos, ha sido impugnada briosamente y con más saña que fortuna por sus adversarios, pretendiendo rebatirla, unas diciendo de manera gratuita y sin pruebas que fué escrita diez años después del que, por error de imprenta, aparece impresa, y otros declarándola apócrifa, porque, según ellos, no existía aún la cátedra de griego en Salamanca, y porque su autor no residía aún en España. Por el estilo magistral y dogmático con que están escritas estas impugnaciones, consiguieron sus autores arrastrar tras sí la opinión de los que no han podido leer la carta original en la misma lengua latina en que fué escrita.

La primera de estas objeciones cae por su base sólo con mirar que en las dos ediciones publicadas de este epistolario están las cartas arregladas por riguroso orden cronológico de años; los defensores de la segunda objeción aparentan haber olvidado los términos en que está redactada la dirección de la carta, y dan a entender que profesar o estar dedicado a la lengua y literatura griegas es sinónimo de desempeñar la cátedra en la universidad, conceptos estos completamente distintos; los que formularon la tercera objeción, por distracción, sin duda, más bien que por mala fe, tergiversan las palabras del mismo Pedro Mártir de Angleria en el prólogo de su obra de *Orbe novo*, asegurando que éste afirma que vino a España cuando la rendición de Granada, siendo lo cierto que dice que vino de Roma y se puso al servicio de los Reyes Católicos durante la guerra de Granada, en la que sirvió como soldado, y sabido es que esta guerra comenzó diez años antes de rendirse la capital (2).

(1) El epígrafe de la carta, dice: *Animo agnitivam colluctematur; superans consolatoria Philosophia quibus probat exempla Platonis necessaria esse corporis flagellum ad acumen ingenii.*

La dirección es la siguiente: *P. M. A. M. [Petrus Martyr at Angleria Mediolanensis] Arlo Lusitano gravas illeras Salamantice proffenti valetudinaria [Opus epistolarum Petri Martyris Anglerii Mediolanensis Prothonotarii apostolici, Prioris Archiepiscopatus Granatensis atque a consiliis rerum Indiarum Hispaniæ sancta cura catusum, ut prater styli ornatum quoque fungi possit vici luminis historie superiorum temporum, Cui accesserent.... &c Amstelodami M. De. Lxxv] (Bibl. Palacio Arzobispal de Valencia).*

(2) La Conquista del reino de Granada, que es lo que principalmente llama Mártir de Angleria *bellum granatense*, comenzó en 1482 por la sorpresa de Alhama; siguió por la toma de Ronda en 1485, la de Loja en 1486, la de Málaga



En 31 de Octubre de 1495, en la Iglesia parroquial de San Martín de esta ciudad, y a expensas de muchas personas de varias clases y jerarquías sociales, se erigió un altar a San Ment Mártir, lo qual es molt apropiat Sanct pera les bases e grans que aquest temps corren de molta congiosa, y pocos días después, el 22 de Noviembre, se celebró en este altar una solemníssima función en honor de dicho Santo, con el propósito de repetirla en igual fecha, en los años sucesivos. Esta fiesta se celebró también a expensas de las mismas (1) personas que erigieron el altar y dels toquats del mal de dolor e bues.

En esta breve noticia, cuya importancia histórica salta a la vista, consta taxativamente que en 1495 había en Valencia muchas personas devotas de San Ment; que éstas pertenecían a todas las clases y jerarquías sociales, y que había también muchos enfermos de cierto mal, que festejaban a este Santo, sin duda, para conseguir su curación. Como no se oculta, en la noticia que estamos comentando se expresan los síntomas de la enfermedad casi con las mismas palabras que Guillermo Mir emplea en su afemería de 1489, y el Santo en cuyo honor se erigió el altar, tiene igual nombre que el fundador del monasterio de Gall en Bretaña, que, como ya se ha dicho, sirvió a su vez para denominar en ciertos países la lue venérea; y estas dos razones lo son, en nuestro concepto, bastante poderosas para que tengamos como indiscutiblemente cierto que en ambos documentos se trata de una misma enfermedad: el Mal de venent.

Sustentamos la arraigadísima opinión de que aunque muy pronto tomó carta de naturaleza, comenzó el Mal de venent siendo exótico en Valencia, y es racional creer que la importación de esta enfermedad debió proceder a la devoción al Santo, la cual, traída sin duda por extranjeros sanos o enfermos, oriundos del mismo país de procedencia del mal, no pudo ser sugerida a nuestros enfermos hasta que la intensidad de las molestias y, sobre todo, el fracaso o poca eficacia del tratamiento empleado, los predispuso a aceptar y cumplir unas prácticas que seguramente estaban en perfecto acuerdo y armonía con sus sentimientos religiosos. Ya implantada esta devoción en nuestra ciudad, debió propagarse con bastante más lentitud que la enfermedad que le había dado origen, porque, como es natural, al menos al principio, sólo recurrirían a impetrar sobrenatural auxilio los enfermos más graves, los impacientes y los desahuciados.

---

en 1486, al año siguiente se empezó el asedio de Baza; más tarde vinieron las rendiciones de Guádix y Almería, y en 2 Enero de 1492 terminó la conquista con la rendición de la capital.

(1) *Llibre de alguns anniversaris perpetuels &c. &c.*, que se custodia en el archivo de la parroquia de S. Martín de Valencia. La noticia a que el texto se refiere se encuentra al folio Lvij.

Imitadas las prácticas religiosas que estos enfermos seguían, por sus deudos, amigos y vecinos, fué aumentando poco a poco el número de los que unidos por sus sentimientos y prácticas de religión, y por el temor de contraer la terrible enfermedad, procuraban honrar al Santo, que habían adoptado como especial abogado y patrono, con ciertos actos religiosos colectivos, más ostensibles y de mayor resonancia y santuosidad, erigiendo altar y dotándolo de todo lo necesario para el culto, que es lo que constituye la característica de la devoción popular o de las masas.

Pero este proceso, tantas veces repetido en la historia de la humanidad, es necesariamente lento, sobre todo, en sus principios, y requiere, para adquirir el grado de desarrollo que la nota que comentamos revela, un tiempo seguramente más largo que el transcurrido desde 1483, en que fué redactada la efeméride original de Mir, y el 1495, en que se erigió el altar de San Ment, lo que viene a dar gran fuerza a la opinión de que la enfermedad de que se trata existía en Valencia antes de la fecha en que Mir lo consigna en sus memorias.

Conocido ya el mal que padecían los enfermos que en 1495 erigieron un altar en nuestra Iglesia de San Martín, porque la misma nota que de este acontecimiento nos da cuenta lo señala con claridad meridiana, ofrece ya interés muy secundario el que dicho altar no se levantase en honor del Santo fundador del monasterio de Gaël en Bretaña, sino en el de otro que en lengua valenciana la ara homónimo, llamado en latín *Mena* o *Menna*, mártir de Frigia en el siglo III, que de antiguo era conocido en Valencia, pues recibía culto en una capilla existente en la Catedral, donde se fundó un beneficio en 1348 (1). A este Santo, ya conocido de los valencianos, atribuyeron éstos, a fines del siglo XV, el poder que los bretones creían que tenía el fundador del célebre monasterio de Bretaña.



Por la interpretación y juicio que, fundándonos en las escasas noticias que trae Astruc, nos hemos permitido hacer de los escritos astrológico-médicos de Regiomonte y Paulo de Midialburgo, creemos haber llevado a vuestro ánimo la presunción de que la lue venérea fué conocida en la Europa Central algunos lustros antes de terminar la centuria décima quinta, y con ello la posibilidad de que existiera también en España, o fuera traída antes de 1489; por la debatida carta de Pedro Mártir de Angleria, que contiene la prueba terminante de que esta enfermedad, con el nombre de *Babas*, existía en ciertas partes de España en 1488, se hace

(1) Archivo de la Catedral de Valencia, núm. 1.556, tomo 218, 2.ª parte.



muy probable que existiera también en Valencia en dicho año; y, finalmente, por las nuevas pruebas documentales que en archivos valencianos encontramos hace algún tiempo, y ahora por primera vez ofrecemos a la consideración y al estudio de personas peritas, se llega a tener como casi indudable que en Valencia residían, tal vez constituidos en sociedad, muchos enfermos de esta clase bastantes años antes de 1495; pero como nuestro propósito es llevar a vuestro ánimo el íntimo convencimiento que abrigamos de la verdad de nuestra tesis, hemos de insistir en presentaros cuantas pruebas nos han ofrecido en muchos años la casualidad o el estudio, y consideremos pertinentes y terminantes. No temáis: seremos breves.

Pedro Pinter, celeberrimo médico valenciano de la segunda mitad de la centuria décima quinta, que después de ejercer la profesión en Valencia, donde desempeñó altos cargos profesionales y docentes, fué llevado a Roma para ser médico de cámara de su paisano y tal vez amigo Alejandro VI. escribía en 1499 en un libro que se publicó el año siguiente (1), y es uno de los más antiguos tratados de sífilis, que en Roma el vulgo llamaba morbo gálico a una enfermedad de aquellos tiempos, la cual *en su patria Valencia* era designada con otro nombre distinto. En el capítulo IV de este mismo libro, dice que la enfermedad comenzó en 1483, y fundándose en cálculos y observaciones astrológicas, auguraba que duraría hasta el año 1500.

Este ilustre médico, que en 1455 ya ejercía la profesión en Valencia, con tanto crédito y buen nombre que los Jurados, juzgándole uno de los profesores más sabios y prestigiosos de la Ciudad, le nombraron examinador de médicos, residió en Valencia hasta 1490 por lo menos, en que dejamos de encontrar noticias suyas, viniendo tal vez a comprobarse el aserto de Dechambre (2) que le cree trasladado a Roma en 1493. Tenemos noticias de este médico referentes a casi todos los treinta y cinco años transcurridos desde 1455 a 1490 (3), y esto nos autoriza a suponer con

(1) *De morbo facto et occulto his temporibus affligente*, citado por Prokusch, obra indicada.

(2) *Dictionnaire encyclopédique de Sciences médicales*, por Dechambre y Serebailat, tomo 25, pág. 416 (Bibl. de la Facultad de Medicina de Valencia).

(3) De las diferentes notas que referentes a Pedro Pinter hemos podido reunir, puede deducirse que quizá muy al principio de su vida profesional prestó servicios en la Casa Real de Aragón, y que desempeñó en Valencia importantes cargos profesionales, principalmente la examinatura de médicos y la lectura de cirugía a los cirujanos no luteristas. Respecto a sus relaciones sociales, parece que las mantuvo de amistad cordial, y tal vez íntima, con personas de la nobleza valenciana y con parientes próximos del Cardenal Borja, lo que si llegara a confirmarse, podría tal vez explicar el paso de Pinter a Roma al servicio



fundamento, que aquí ejercía la medicina en 1488, cuando, según él mismo dice, tuvo principio la lue venérea, y que tuvo repetidas veces ocasión y necesidad de ver y tratar enfermos de dicho mal en los siete años que, según parece, siguió viviendo en Valencia después de 1483.

Pero estos textos de Pedro Pintor, tan claros y tan terminantes, no pueden ser definitivos, no sólo porque los dos, particularmente el primero, son incompletos, sino más bien, y sobre todo, porque a la afirmación categórica que contiene el texto de Pintor en que consta que la enfermedad comenzó en 1483, puede oponerse la de Gaspar Torrella, quien también de una manera clara y terminante afirma que dicha enfermedad comenzó diez años después en Alvernia, de donde por contagio se transmitió a España y sus islas, y después a Italia y a todo el mundo (1); y como a fuer de imparciales hemos de confesar que para demostrar debidamente la verdad de la tesis de este discurso no bastan las pruebas y argumentos que preceden, aunque son innegables su importancia y valor, sino que se necesita una prueba definitiva, terminante, fehaciente, auténtica e irrefutable, como la que vamos en seguida a ofreceros, y hace ya años tuvimos la fortuna de encontrar en uno de los antiguos archivos valencianos, que a pesar de su innegable importancia para la historia local de la ciudad, permanece, hace quizá siglos, casi desconocido y completamente olvidado.

En la sección de *Datos extraordinarios fetes per los clonaris de la loable confraría de la Verge María*, que forma parte del libro de gastos del año 1489 (2), consta que en 14 de Enero de dicho año se entregaron tres sueldos de limosna a un pobre enfermo de *Mal de sement*, y más adelante, tal vez a fines del mismo año, pues falta la fecha en esta partida, que es la penúltima de la sección, se entregan por el mismo concepto seis sueldos a un pobre que había venido de Italia y padecía la misma enfermedad. Según los libros del siguiente año 1490, se entregaron limosnas a varios pobres *ferits del mal*, frase oscura, y ahora poco expresiva, que viene repitiéndose hasta 1495 en que se pone en claro, pues constan varias cantidades entregadas a un Luis Rodríguez *ferit del mal*, que según la partida de data de 8 de Agosto de dicho año, padecía *Mal de sement*.

del Papa, cuando es posible que hubiera ya abandonado el ejercicio profesional en Valencia, pues en un documento de 1488 ya se titula: *Olím magister in medicina*.

(1) *Incipit hanc malignam agritudinem Anno M. cccc. lxxxiii in Alvernia et sic per contagionem pervenit in Hispaniam ad insulas inde in Italiam et deinceps serpendo totam Europam peragravit et sic fas dicitur ad totum orbem* (Artículo de Gaspar Torrella en la historia de las enfermedades venéreas de Prokch.)

(2) Archivo de la Cofradía de Ntra. Sra. de la Seo, iglesia del Milagro de Valencia.



Como se ve en los libros de gastos de la Cofradía de la Virgen de la Seo de Valencia, se comprueba en todas sus partes la verdad de los asertos del dietarista Guillermo Mir, quien no sólo afirma que esta enfermedad existió en Valencia en el año 1489, sino que dice fueron muchos los atacados de ella, y que era general a todo el mundo; y en efecto, a partir del año indicado, son frecuentes en los libros de cuentas registradas las alusiones a dicho mal, no faltando tampoco, como habéis visto, alguna referente a un enfermo que procedía del extranjero. Queda completamente probado que el *Mal de sement* existió en Valencia antes de la última década del siglo décimo quinto, que es el enunciado del primer punto del tema que nos hemos propuesto desarrollar.

\* \* \*

Probado ya que el *Mal de sement* existía indiscutiblemente en Valencia en 1489, y que por consiguiente es cierta la noticia que el dietarista Mir consignó en su diario, podemos ya, sin riesgo a ser tildados de visionarios, discurrir sobre el texto de esta efeméride, ya que, a nuestro juicio, cabe hacer sobre ella alguna consideración pertinente a la historia de tan terrible enfermedad. En primer lugar ha de notarse que la noticia en cuestión presenta al *Mal de sement* como entidad morbosísima, nueva tal vez, pero bien definida, con nombre propio que la distingue de todas las demás conocidas, y sobre cuya etiología los médicos habían ya dado su opinión, que naturalmente estaba conforme con las doctrinas entonces dominantes, lo que induce a pensar en la gran probabilidad de que este morbo no fuera en dicho año tan completamente nuevo en Valencia que pudiera con razón llamarse «nunca visto», opinión que viene a corroborarse en los documentos de autenticidad irrepachable que os hemos presentado, en los cuales habéis visto que se demuestra que al comenzar el año 1489 se socorrián enfermos de esta clase, que seguramente lo estaban ya en el anterior, y dan fundamento racional a la hipótesis de que el *Mal de sement* tenga en Valencia mayor antigüedad.

Desde tiempos más o menos próximos o lejanos a los últimos años de la centuria décima quinta, en que dos grandes naciones se disputaban con las armas su predominio político, manteniendo las sangrientas guerras de Italia, era ya, como sabemos, conocida en Valencia y en el resto de España, y probablemente también en los demás países de Europa, la gravísima enfermedad entonces seguramente moderna, de cuya historia nos venimos ocupando, y constituyó una terrible plaga en todo el continente europeo, especialmente en los países que eran teatro de la guerra.

Puede afirmarse que en la penúltima década del siglo décimo quinto, o tal vez en la anterior, cuando el movimiento mercantil, industrial,



artístico y literario de nuestra ciudad había ya adquirido un extraordinario grado de desarrollo y esplendor, apareció en Valencia esta enfermedad-proteo, que desde su principio tan vivamente ha interesado a los médicos sabios de todos los países, tantas y tan acaloradas discusiones ha promovido, y tantas víctimas ha ocasionado. Por ser desconocida en su etiología y en su patogenia, no pudo oponerse ni en Valencia ni en ninguna parte un dique seguro y eficaz a su marcha progresiva, y como es natural, fueron tales sus estragos, que considerándola como verdadera plaga, creyóse el dietarista Mir en el caso de consignar en su diario la efeméride de 1489, que debemos tener, por ahora, como la más antigua explosión en Valencia de esta terrible enfermedad, que nunca desde entonces ha llegado a desaparecer por completo de nuestro suelo: a partir de esta fecha remitió temporalmente para recrudescerse cinco años más tarde, en que, sin duda, por circunstancias que nos son completamente desconocidas, tomó tal incremento y tan alarmantes caracteres, que en 1494, Mosen Mascó, continuador del dietario de Mir, consignó la existencia de tal enfermedad en una efeméride concebida en términos análogos a la de Mir, que ya conocemos (1), se dice también en ella que *comença un mal appellat de sement*, con lo que se confirma la remisión del mal que hemos supuesto; dice que esta enfermedad *son bues e dolor en tota la persona*, aludiendo a las dermatosis y molestias que éstas ocasionan; y, finalmente, añade *e molt gran quantitat de grandíssima dolor*, refiriéndose sin duda a los agudísimos dolores articulares; con todo lo cual viene en pocas palabras a descubrir la enfermedad; añade, para terminar, que ésta *es general per tot lo mon*, confirmando lo que ya se sabía por el testimonio de todos los autores antiguos.

Puede suponerse que esta exacerbación que la enfermedad sufrió en Valencia en 1494, continuaba el año siguiente, en el que, como acabáis de ver, los enfermos de esta clase que aquí había, sin duda muy numerosos, se reunieron para erigir un altar a San Ment, santo que no era olvidado en nuestra ciudad, pues cuatro años después se funda en la Catedral una dobla en su honor (2), y se incluye su rezo en el breviario valenciano (3), lo que seguramente viene en apoyo de la opinión que sustentamos de que en la última década del siglo XV era en Valencia tan conocido y tan frecuente el *Mal de sement*, que quizá era considerado como cosa tan natural

(1) Dietario de Guillermo Mir (1306 a 1431), Mosen Gaspar Mascó (1492-1503), Francisco Borrull (1504-1705) (Bibl. de la Universidad, Ms. 255).

(2) Protocolo de Jaime Esteve del año 1498, en 20 Dibre. 1499 (Arch. de la Catedral de Valencia N. 3587).

(3) *Breviario valenciano*, Impreso en Zaragoza en 1503, folio 210 v. (Bibl. de la Catedral de Valencia).



y propia como las enfermedades tíficas y palúdicas, que dadas las condiciones de la urbe y su huerta debían diezmar la población, sin que casi haya quedado rastro de ellas en los registros y libros de cuentas de las diversas corporaciones oficiales y particulares que diligentemente hemos consultado.

Siendo casi unánime la opinión de que la sífilis, en los últimos años del siglo XV, presentó la forma epidémica, y coincidiendo las dos explosiones de *Mal de sement* en Valencia en aquella época, con asoladoras epidemias, parécenos muy oportuno y conveniente reunir cuantas noticias y documentos referentes a dichas epidemias nos sea posible, para hacer de ellos un estudio detenido, preliminar del diagnóstico que hemos de procurar establecer.

Aunque el meritisimo Villalba, en su preciosa «Epidemiología española», da a entender que en estos años casi no hubo en España más enfermedades epidémicas que las que reinaban en los campamentos del ejército cristiano que combatía en el reino de Granada, puede probarse con documentos oficiales, que se conservan en nuestro Archivo municipal, que en 1485, una gran parte de la península española sufría los rigores de una asoladora epidemia que devastaba muchas villas y lugares de los reinos de Castilla, Murcia y Portugal, y amenazaba invadir el reino de Valencia. En 31 de Enero de 1489 se publicaba, en los lugares acostumbrados de la ciudad de Valencia una «Crida» o pregón, en el que, por orden de las autoridades superiores y municipales, que con este objeto se habían reunido el día anterior, se daba noticia al pueblo de que había que librar a la ciudad y reino de una terrible epidemia que entonces diezmaba las ciudades de Toledo, Murcia, Lorca y Cartagena, para lo cual se habían dictado algunas medidas de rigor que los vecinos habían de observar con exactitud y fidelidad, siendo las principales de estas medidas la prohibición terminante de que entrasen en la ciudad personas o cosas procedentes de los lugares infestados, castigando a los transgresores con la entonces cuantiosa multa de veinte y cinco libras, y la quema de los objetos y ropas que fraudulentamente se hubieran introducido (1), y la salida inmediata de la ciudad de los que, procedentes de estas mismos lugares infestados, estuvieran en ella desde un mes antes. Algunos días después, el 20 de Febrero, se publicó en el Grao esta misma «Crida», poniéndose también allí en vigor lo que en ella se prescribía.

Seguramente la epidemia, en su marcha invasora, amenazaba más de cerca el reino y la ciudad de Valencia, o tal vez también, como varias veces ha sucedido en tiempos posteriores, posponiendo el supremo interés

(1) *Manual de Concells e Statiments de la Ciutat de Valencia*, sig. 45 A (Archivo municipal de Valencia).



de la salud pública y el bien general a los intereses materiales y económicos de los particulares, dejáronse incumplidas las prescripciones que se habían dictado hasta un mes, porque, el 5 de Marzo, el Real Consejo, se reunió con las demás autoridades y personas notables en el Aula Capitalar de la Seo para tratar detenidamente de los asuntos sanitarios que reclamaban urgente resolución. En esta reunión magna se acordó, entre otras cosas de menor importancia, reiterar en la ciudad la «Crida» del 31 de Enero, y publicar otras análogas en las principales ciudades y villas del reino: prohibir terminantemente el desembarque en la playa del Grao de personas o cosas procedentes de los países o lugares infestados; cerrar las puertas de la ciudad, dejando sólo abiertas las de Serranos, Cuarte, San Vicente, Mar y Real, quedando estas cinco convenientemente guardadas y vigiladas para el exacto cumplimiento de las prescripciones anteriores. Para llevar a la práctica estas excelentes medidas de policía sanitaria, se nombraron doce caballeros y doce ciudadanos que, distribuidos por parejas y a las órdenes del Racional, estaban encargados de la vigilancia continua de las puertas de la ciudad durante el día; servicio que por la noche prestaban dos *Caps de guayta* en cada puerta. Además, se designaron ocho personas de respetabilidad y prestigio, que más tarde fueron auxiliadas por alguaciles especiales, las cuales tenían que investigar si en las posadas y casas particulares de la ciudad y pueblos de su contribución se albergaban personas o se ocultaban mercancías procedentes de lugares infestados.

Como la epidemia se extendía con bastante rapidez desde los vecinos reinos de Castilla y Murcia, y varias villas y ciudades valencianas estaban ya invadidas, en 19 de Junio no sólo se reproduce la consabida «Crida», redactada esta vez en lenguaje más terminante y ejecutivo, y estableciendo penas corporales para los transgresores que no pudieran pagar las multas, sino que, para llevar a la práctica la ejecución de lo mandado, se nombran cuatro alguaciles especiales encargados de inquirir las personas y cosas que, procedentes de lugares infestados, se introdujeran en la ciudad, para obligar a la salida a las primeras y destruir las segundas.

Para el caso de que, como era ya inminente, la epidemia se presentase en Valencia, se había preparado local a propósito en el poblado de Castelló den Arrufat (1), situado a unos seis kilómetros hacia la parte

(1) Al tiempo de la Conquista, en los almazules y huertos que había a la parte de mediodía de la ciudad, existía un poblado que en el *Repartiment* tiene el nombre de *Castelló de la Albufera*, el cual, según Viciana (parte 2.<sup>a</sup>, pág. 72 de la edición de los bibliófilos), fue donada por el Rey D. Jaime a un caballero aragonés llamado Mossen Arrufat, que había venido a la Conquista. Del nombre de este caballero se denominó el poblado en cuestión, hasta los tiempos de



de Mediodía, donde pudieran ser trasladados no sólo los deudos y parientes de los primeros fallecidos, sino todos los habitantes de la casa, siendo atendidos en sus necesidades por los Jurados, única manera de que pudiera ser eficaz y efectiva la separación y aislamiento de las personas que con razón se consideraban como peligrosas.

A principios de Octubre, un mes antes de que la epidemia se declarara oficialmente en Valencia, se presentaron los dos primeros casos que dieron origen a que se publicara una nueva «Crida» para trasladar a Castelló den Arrufat, bajo la pena de azotes y la multa ordinaria a todos los supervivientes de las dos casas, cuyos muebles, ropas y enseres que habían servido para los enfermos, fueron destruidos.

En el mismo mes de Octubre comienza ya una serie de «Crides», dictando en unas acertadas medidas de buen gobierno encaminadas a reformar y moralizar las costumbres, y otras disponiendo varias procesiones de rogativa, no sólo por el estado sanitario de la ciudad, sino también por los hechos de armas del ejército cristiano que combatía en el reino de Granada.

A principio de la epidemia se nombran un médico y un cirujano para que con diligencia visiten, asistan y atiendan a los enfermos pobres a quienes se provea de medicinas, alimentos y ropas (1). Los provisoros Jurados pusieron especial cuidado en que la ciudad estuviera bien abastecida de todo lo necesario, procurando entre otras cosas, que las remesas de trigo de Sicilia llegaran a Valencia con la mayor rapidez y regularidad, y para poder hacer frente a los enantiosos gastos extraordinarios que todas estas medidas necesariamente habían de ocasionar, recurrieron a cuantos medios económicos les sugiera su buen celo; por medio de una embajada especial recaban del Rey que por causa de la epidemia se les conceda una prórroga para el pago de los derechos de «Tutja Real»; se cesan ciertas gastos menos urgentes, como las comidas de Semana Santa a los *Begüins*, que este año (1490) queda reducida a la de los que habitaban dicha casa-hospital, porque se había prohibido la aglomeración de forasteros, y la que tradicionalmente se pagaba en los *Ignoscens*, en cuya provisión se dice que *hi ha poca gent en la present ciutat, axí dels magnífiches jurats com dels altres que han menjar per causa de la pestilencia*; y, por fin,

Viciaria, Castelló den Arrufat. Este poblado, según todas las probabilidades, se encontraba no lejos de la actual carretera de Madrid y cerca también de las partidas de Castellar y la Torreta, ambas del antiguo término de Busafá.

(1) En el *Manual de Concells y Stabliments* y en los libros de *Clavería Comuna* de estos años, y aun en los de esta última colección de los años 1492, todos ellos custodiados en el Arch. municipal, se encuentran la prueba de cuanto afirmamos en el texto.



para atender con la mayor eficacia y prontitud a todas las necesidades de los enfermos pobres, fundóse una nueva Almeyna llamada *para 'ls ferits de la peste*, cuyos principales ingresos eran los cuantiosos donativos (1) que le hacía la ciudad.

Como sucede siempre en casos análogos, desde los primeros días cundió entre los vecinos el pánico y el desaliento, que por el rigor de la epidemia y por la frecuencia de casos fulminantes, se comunicó hasta a los menos apegados y de ánimo más varonil, apresurándose todos a emigrar temporalmente de una ciudad que consideraban entonces como mansión de desolación y de muerte, pues la enfermedad se mostraba con tales caracteres de rigor y virulencia, particularmente en los meses de Marzo, Abril y Mayo, que hubo días que murieron ciento cincuenta personas (2), y se vieron tantos casos fulminantes, que este aterrador carácter del mal llegó a consignarse en la fórmula inicial de los testamentos (3), todo lo cual no fué obstáculo para que en el mes de Mayo, cuando la epidemia estaba en todo su rigor, cumpliendo exactamente la ley foral, se renovaran los Jurados por elección, como siempre, teniéndose que proceder pocas días después a nueva elección parcial por haber fallecido súbitamente de peste, antes de investir su honrosa gramalla, el Jurado electo Masen Oto de Borja, próximo pariente del Cardenal Rodrigo de Borja, entonces Arzobispo de Valencia, que pocos años más tarde fué elegido Papa y tomó el nombre de Alejandro VI. Tan súbitamente como este Jurado electo, murieron de la misma enfermedad el asesor del Justicia en lo criminal y el Justicia en lo civil, que falleció en Alcira (4) en el mismo mes de Mayo.

Mora de Almenar (5) y Mossen Mascó (6) están contestes en que en los ocho meses que duró la epidemia fallecieron a consecuencia de ella once mil personas, y el notario Gaspar Riximeno, que también tenía costumbre de consignar ciertas efemérides en sus protocolos, explicando sin duda más esta cifra, dice que sólo en la ciudad murieron siete mil des-

(1) Provisión de 11 de Enero de 1490, *Manual de Concellis* de este año, en el Archivo municipal de Valencia.

(2) Efeméride consignada en la guarda del tomo del año 1490 en el Protocolo del notario Pedro Font (Arch. de Protocolos del Colegio del Patriarca de Valencia).

(3) Testamento de Brigida Fernúndez, mujer de Bartolomé de Guilles, otorgado en 25 de Diciembre 1489 ante el notario Juan Beneyto (Arch. de protocolos del Coleg. Patriarca de Valencia).

(4) Dietario de Guillermo Mir, continuado por Mossen Mascó, folio 62, v., (Bibl. universitaria, N. 265).

(5) Mora de Almenar, *Furs e actes de la Diputació*, Rubrica 28, núm. 26, pág. 177.

(6) Continuación del dietario de Guillermo Mir. (Bibl. Univer. Val.)



cientas sesenta y dos personas (1), cifras verdaderamente aterradoras si se tiene en cuenta que en la ciudad, aparte de los pocos que por sus cargos oficiales no podían abandonarla, sólo debieron quedar sacerdotes y médicos, a quienes retenía el ejercicio de sus respectivos ministerios, y los desheredados de la fortuna que, por vivir al día, estaban desprovistos de ahorros, y se vieron obligados a permanecer en la ciudad, donde, por estar cerradas todas las fuentes de riqueza pública, se veían precisados a vivir misérrimamente y a morir en las salas de los hospitales o en sus pobrísimas viviendas, sin más recursos que los escasísimos de su particular peculio y los que les proporcionasen la caridad y la administración pública, y sin más asistencia que la deficientísima que podrían prestarles los parientes, amigos y vecinos, a quienes el miedo hacía seguramente que a sí mismos se considerasen como indiscutibles candidatos al contagio y como condenados a la misma triste clase de muerte; y a la de los servidores caritativos y gratuitos o mercenarios y asalariados que podían proporcionarles las autoridades, los administradores de los hospitales y las Juntas de las Cofradías y Corporaciones benéficas, los cuales, movidos sólo por el interés, seguramente no se preocuparían mucho en cumplir exactamente y con fidelidad su cometido.

En el verano de 1490 dejaron de registrarse defunciones ocasionadas por la enfermedad epidémica que tan cruelmente había diezariado la ciudad; celebráronse solemnes funciones religiosas en acción de gracias, y con la alegría natural de los que aquí habían pasado los fluctuosos días del azote, renació la confianza en los que, por temor, abandonando sus casas y sus negocios, se habían trasladado a los lugares más o menos apartados que consideraban más sanos y seguros, volviendo a sus hogares para dedicarse nuevamente a sus ocupaciones habituales, con lo que, paulatinamente, iban restableciéndose el tráfico mercantil y el movimiento industrial, las dos más principales fases de la vida activísima de esta ciudad, entonces emporio del comercio, de la industria y de las artes.

Pero a los cuatro años, aún no cumplidos, de este relativo bienestar sanitario (2), cuando la ciudad apenas había podido pagar a los especieros y mercaderes el importe de las medicinas y ropas que habían necesitado

(1) Efemérides y notas de familia, al final del tomo del año 1490, protocolo de Gaspar Eximeno (Archivo municipal de Valencia).

(2) Las detestables condiciones que respecto a higiene concurrían en la urbe valenciana y en los arxenses almarjales y huertas de su alrededor, los hábitos de desaseo de las poblaciones judía, mora y arriana y ciertas costumbres muy arraigadas, hijas de erróneas teorías médicas, dan fundados motivos para pensar que las enfermedades tíficas y palúdicas, aquí endémicas, debían ocasionar de ordinario múltiples defunciones.



les enfermos de 1489-90, y cuando regularizándose la administración, muchos valencianos no se habían repuesto aún de los quebrantos sufridos, volvió otra vez a cernerse sobre la ciudad el negro espectro de la epidemia y de la muerte, que esta vez amenazaba desde el reino de Mallorca y principado catalán, países ambos íntimamente unidos al nuestro, no sólo por su proximidad, sino también, y más principalmente, por las activísimas relaciones comerciales.

Dictáronse las mismas medidas profilácticas que en 1489 desde que se recibieron las primeras noticias; las propias autoridades, dando pruebas de civismo y predicando con el ejemplo, se constituyeron personalmente, por turno, en guardas de las cuatro puertas principales de la ciudad, únicas que quedaron abiertas (1); se nombraron delegados especiales en las villas de Sagunto, Chiva, Liria, Alcira, Cullera y Grao de Valencia, con poder bastante para dictar en sus respectivas localidades, a nombre del *Portanteus* del Gobernador, las medidas sanitarias que juzgaran convenientes, y principalmente encargados de proveer de las necesarias patentes de sanidad a los que tuvieran que venir a la capital, patentes que, al llegar a nuestra ciudad, habían de ser canjeadas por los guardas de las puertas por unos boletines o pases que las autorizaban para transitar por las calles y sitios públicos de ella; se nombraron cuatro empleados especiales para vigilar con escrupulosidad el exacto y fiel cumplimiento de todas estas disposiciones, y un encargado de inquirir cuantos enfermos pobres existían para poderlos socorrer debidamente, y por último, atendiendo a los sentimientos religiosos del pueblo, de acuerdo con las autoridades civiles y eclesiásticas, se publicaron varias «Crides», disponiendo procesiones de rogativa a los principales santuarios de la ciudad.

Atemorizados los vecinos por el recuerdo de los amargos días del año 89, se apresuraron a salir de la ciudad, que quedó casi desierta, paralizándose, por consiguiente, todos los negocios, aunque, por fortuna, la epidemia esta vez no llegó, ni con mucho, a ser lo que fue la de cuatro años antes, pues habiendo comenzado en Mayo, se había ya extinguido en fines de Agosto, y, según documentos auténticos, la mortalidad no llegó nunca a veinte y cinco defunciones por día (2).

(1) *Manual de Concejos e Statutos* de 1494 en 1497, núm. 48, folio xxxvij vuelto.

(2) Recurso presentado al Rey D. Fernando el Católico por los arrendadores de ciertos derechos para que se les rebajara la cantidad que debían pagar por el trienio 1493-94-95, porque, aunque la epidemia no había llegado a ocasionar 25 defunciones por día, la ciudad había quedado desierta por los muchos de sus habitantes que huyeron por la peste (Comunes del Rey D. Fernando II, Libro V, fol. CLxxvij, en el Arch. Regional de Valencia).



En todos los documentos y noticias coetáneas que, referentes a las epidemias de 1489 a 90 y de 1494 hemos podido encontrar, y en los acuerdos municipales y libros de cuentas que a los mismos sucesos se refieren, se designa la enfermedad en cuestión con las palabras «Mortalitats» y «Morts», o con las que son más concretas, «Peste» y «Pestilencia», y al tener que nombrar a los enfermos, frecuentemente se les designa con la frase *ferits del mal*, que, siendo de significación clara y bien definida para los contemporáneos, no significando por sí misma más que una enfermedad muy frecuente y general en la fecha en que se emplea, no puede tener para nosotros más valor que el que tengan y le den las que se emplean en documentos análogos de la misma fecha, de manera que, si en las pruebas que antes hemos presentado, deducíamos lógicamente que aquellos «ferits del mal» eran enfermos de *Mal de senent*, ahora, también lógicamente, hemos de considerar que estos «ferits del mal» lo eran de la «Peste» o «Pestilencia», que son las palabras más concretas de las que se emplearon en los documentos y libros oficiales de la época que hemos consultado.

Las palabras «Peste» y «Pestilencia» se emplean siempre, en los documentos que hemos visto, como sinónimas entre sí, y generalmente se aplicaron a la gravísima enfermedad epidémica que aún ahora se designa con el mismo nombre de «Peste»; pero como en los remotos siglos de que nos estamos ocupando solían significarse también con igual vocablo diferentes enfermedades tíficas que constituían verdaderas epidemias, pueden surgir dudas sobre la naturaleza del mal, ya que faltan noticias algún tanto detalladas, y sólo tenemos indicios vagos de alguno de los caracteres que, junto con los preciosos datos de un libro de la época, nos permitirán formar un diagnóstico hipotético, aunque, a nuestro juicio, con grandísimas probabilidades de acierto.

La aterradora frecuencia de casos fulminantes que supone el inusitado cambio de la fórmula inicial de los testamentos a que antes hemos aludido, según la cual *la pestilencia es mal molt terrible la qual molt sovint no dona temps ne record dins lo qual la persona comodament puaxa ordenar de la sua anima*, trae a la memoria las descripciones clásicas de la peste negra que, a la vista de los enfermos, escribieron el emperador Juan Cantacuzeno, copiada por Anglada (1) al tratar de la epidemia de Constantinopla, y Mateo Villani, citado por Philippe (2), al referir lo que pasaba en Florencia en 1348, predisponiéndonos a opinar que en 1489 a 90 y en 1494 se padeció en Valencia la peste, tal vez con

(1) *Etude sur les Maladies éternelles e les Maladies nouvelles*, por Charles Anglada, Paris, 1859.

(2) *Histoire de la peste noire (1346-1350)*, por A. Philippe, Paris, 1853.



la misma intensidad y virulencia con que siglo y medio antes había recorrido y despoblado todos los pueblos y naciones del mundo antiguo.

Esta opinión se robustece con la lectura del *Régiment preservatif e curativa de la pestilencia* que el insigne médico valenciano Luis Alcañiz (1) escribió a la manera de las cartillas sanitarias de nuestros días, para vulgarizar y dar a conocer a los profanos las instrucciones y conocimientos necesarios para librarse del mal y auxiliar a los enfermos en los primeros momentos y antes de la llegada del médico. En varios pasajes de este libro se ve que fué escrito en tiempo de epidemia, y como con toda razón y lógica deduce el erudito bibliófilo valenciano D. José E. Serrano y Morales (2), que este libro fué impreso por Spindaler en 1490, fundadamente podemos creer que los *bubons o vertoles*, los *antrachs* y los *carbuncles e altres pústules e oxidures*, cuyo tratamiento indica, son síntomas que presentaban los enfermos de la epidemia de Valencia de 1489-90, síntomas que es difícil que Luis Alcañiz, que en aquella época hacia ya varios años venia explicando cirugía a los cirujanos no latinistas, confundiera con otros que no fueran los bubones, antrax y exantemas, propios de la peste bubonaria.

Estudiando en particular y en conjunto los documentos y pruebas que en el curso de esta disertación llevamos expuestos, queda completamente comprobado que la sífilis, conocida en Valencia con el nombre de *mal de aement*, existía con toda probabilidad antes de 1489, y que por la mayor virulencia que todos los autores están conformes en atribuirle en sus primeros tiempos, y por la mayor facilidad y eficacia en el contagio, debida sin duda al desconocimiento completo de su patogenia, al desenfreno de las costumbres, al inveterado hábito de desaseo personal y falta de limpieza en las habitaciones y en las ropas, y seguramente también a causas que nos son desconocidas, fué tan extraordinario el número de enfermos

(1) Luis Alcañiz, célebre médico valenciano de la segunda mitad del siglo XV, era, tal vez, oriundo de Játiva, donde residía en 1464; pero bien pronto se trasladó a Valencia, donde en 1468 ejerció con honra y provecho la profesión, pues no sólo desempeñó importantes cargos profesionales y docentes, sino que prestó asistencia médica a personajes tan principales como Guillén Cueva, racional de la ciudad, y Pedro Belluga, renombrado abogado de la misma. Fué examinador de médicos doce veces entre los años 1487 y 1508; se le nombró por los Jurados para la lectura de cirugía en 1469-72-86-87-91-92 y 94, y catedrático de medicina o cirugía al fundarse el *Serdá* desde 1490 a 1501, ambos inclusive, muriendo probablemente en este último año. Se distinguió también como poeta, y las composiciones que de él se conocen fueron publicadas en el primer libro impreso en España, que se titula *Cobles en loor de la Santissima Verge Maria*.

(2) *Reseña histórica en forma de Diccionario de las imprentas que han existido en Valencia desde la introducción del arte tipográfico hasta 1868*, artículos de Retx de Cura, nota de la pág. 494, y artículo de Spindaler, pág. 533.



de esta clase, que llamó la atención del diarista Mir, y como cosa notable y digna de perpetua recordación la consignó en sus memorias. En el curso de este primer brote o explosión sífilítica, o si se quiere emplear el lenguaje de algunos de los autores más antiguos, de esta primera epidemia de sífilis, fué invadida nuestra ciudad por la terrible peste que reinaba en las vecinas comarcas de los reinos de Murcia y de Castilla, que atacaría a varios o a muchos enfermos de sífilis, en los que se aliaron estas dos entidades morbosas para aniquilar sus vidas.

Aplicando el criterio de Cazenave (1), cuya opinión respecto a la epidemia de Italia de 1495 juzgamos autorizadísima y muy respetable, influyéndose mutuamente las dos terribles enfermedades aquí entonces coexistentes, debieron imprimir a la epidemia un sello o modo especial que vendría a ser como la resultante de los dos elementos morbosos que la integraban, lo que al hacer decir a Cazenave que «cuando se leen los autores contemporáneos no dejan de causar extrañeza esas aproximaciones de síntomas que no uno lazo alguno a la afección principal, que evidentemente no pueden ser consecuencia de un mismo principio morboso, y cuyos diseminados caracteres reunidos sin orden forman un compuesto incoherente», podrá tal vez explicar satisfactoriamente las diferencias individuales que, según Pintor (2), solían presentarse y tener capitalísima importancia para el pronóstico del las pústulas del *morbo foedo*, que «debe ser poco grave cuando la viruela se desenvuelve y llega rápidamente a su madurez, cuando la erupción se verifica sin calentura y principalmente sin dolor, conservándose al calor y el apetito, y que por el contrario, el pronóstico es mortal cuando son las pústulas secas, raras, prominentes como puerros, y cuando la piel se surca de cicras profundas con complicación de angina, de corrupción del aliento y de extinción de la voz», fenómenos estos últimos que llaman poderosamente la atención, porque, como es notorio, los citan los autores del siglo XIV como propios de la peste negra en su forma más grave.

Tal vez sea la sífilis la enfermedad que más hondas modificaciones ha sufrido en la intensidad y orden de presentación de sus síntomas más principales, y en el aspecto exterior de las dermatosis que le son propias. En los cuatro siglos y medio que parece que aproximadamente han transcurrido desde que se vió por vez primera esta terrible enfermedad, que algunos años después tan profansa, inusitada y aparatosamente había de

(1) Página 21 de la obra de Cazenave titulada: *Traité des Syphilides*, copiada por Fabres en su *Traité completo de las enfermedades venéreas*, pág. 89 del tomo 1.º de la traducción española por Méndez Alvaro (Bib. Facultad medicina de Valencia.)

(2) Pedro Pintor, citado por Fabre, lugar indicado, pág. 68, tomo 1.º.



llamar la atención del mundo entero al hacer su entrada oficial en el campo de la patología humana, en estos cuatro siglos y medio, decimos, han sido tan distintos los cuadros de síntomas que ha ofrecido y tales los cambios que en ellos han podido observar los clínicos de los diversos tiempos, que Trousseau (1), al comparar la enfermedad de nuestros días con la de las postrimerias del siglo XV, no pareciéndole bastante poderosos, con serlo mucho, los inmensos progresos en la terapéutica para explicar la benignidad de los accidentes actuales, cree muy probable y admite la degeneración del virus.

Es natural que al intentar describir el cuadro clínico que nuestros compatriotas semantosos presentaron desde 1489 en adelante, tomemos como principal fuente de conocimiento los escasísimos datos encontrados en las notas y documentos originales del siglo XV y los no muy numerosos, pero clara y gráficamente expresados, que en el proceso extrajudicial a que antes hemos aludido, que se tramitó en el primer cuarto del siglo XVI, y que para su indispensable ilustración recurramos a las obras de los más antiguos escritores, entre los que hemos de preferir a los insignes Torrella y Pintor, de cuyas obras, por desgracia, sólo conocemos algunos fragmentos, y a Juan Almenar (2), que valenciano como ellos y que tal vez como el segundo, ejerció la profesión en Valencia a fines del siglo XV, circunstancia para nosotros ahora felicísima, porque hace pensar que escribieron según lo que la observación y la práctica en nuestra ciudad les enseñaron.

En los más remotos tiempos de la existencia del mal, debieron quedar desconocidos los fenómenos o síntomas primarios, sin que se acertara a darles exacta interpretación, y aunque bien pronto, sin duda, se aclararía el misterio y se descubriría cuál es su más frecuente y principal puerta de entrada en el organismo humano, por ser menos molestos los fenóme-

(1) *Clinique médicale de l'Hotel Dieu*, 3e édition, Paris 1868, citado por Anglada, obra dicha.

(2) Juan Almenar, Señor de Godella y Rocafort, haciéndose superior a viejas preocupaciones y llamado de su afición al estudio, a pesar de su brillante posición social, se dedicó a la Astrología y a la Medicina, de la que se graduó de Doctor en el *Studí* de nuestra ciudad. Se dedicó a la práctica de la profesión, siendo en ella tan desinteresado y caritativo, que según un historiador moderno de la medicina española, repartía entre los enfermos pobres los honorarios que recibía de los ricos. Escribió una muy bien pensada y en su tiempo utilísima obra sobre el morbo gálico, que se imprimió por primera vez en Venecia en 1502, según asegura el bibliófilo Fuster y copia Morejón, y como es inadmisibile que pudiera escribir su libro antes de tener bien estudiado y conocido el asunto, es obvio que debió ejercer la medicina algunos años antes, y, por consiguiente, dentro de la centuria XV.



nos primarios, y, sobre todo, por presentarse más pronto que ahora los síntomas subsiguientes que, con razón, preocuparon a médicos y enfermos, dejaron unos y otros, al menos en apariencia, descuidados a los primarios, para fijar casi exclusivamente su atención en los que cronológicamente les habían de seguir; abriase el cuadro clínico por palidez del semblante y luxitud y pereza física, que precedían a atrociísimos dolores y malestar general, *gravísima dolor e congoixa en tota la persona* (1), o a diversas manifestaciones cutáneas, variadísimas en su forma, color y aspecto, *gravae et bavae* (2); sobrevinían infartos ganglionares y ulceraciones en la faringe, amígdalas y cámara posterior de la boca, *plagues en la gola* (3), tumores duros en diversas regiones que poco a poco se reblandecían y ulceraban, y cuya curación era lenta y tardía, *plagues grosses* (4); los enfermos, atormentados por tantos, tan largos y extraordinarios sufrimientos, debilitados y abatidos, se veían condenados a una muerte tal vez prematura, pero siempre lenta y a su parecer tardía, o a arrastrar una vida miserable llena de privaciones, apartados de la sociedad, que por las úlceras incurables que algunos tenían, las miraban con repulsión y con asco, inútiles para el trabajo, por lo que eran improductivos y gravosos a sus familias, y envidiando la suerte de los compañeros de infortunio que ya habían sucumbido.

El dolor, dice Juan Almenar (5), «comienza por el cuello, se extiende poco a poco por los hombros y regiones escapulares hasta los brazos, invade después las piernas, y algunas veces se fija en los músculos». Según Grundpeck, uno de los autores más antiguos y más exacto en sus descripciones, «los dolores eran tan intensos, que los enfermos pasaban cuarenta, sesenta y aun cien noches sin dormir; unos acusaban molestísimas sensaciones de pinchazos y peso en los hombros, otros en los codos, en las rodillas, en todas las articulaciones y aun en todos los miembros a un mismo tiempo, no pudiendo andar ni tenerse en pie, y siéndoles imposible todo trabajo» (6). Fracastor, el sabio médico-poeta italiano que puede considerarse como el

(1) Efeméride de 1489 del dietario de Guillermo Mir.

(2) Nota de la erección de un altar a S. Menas en S. Martín (Archivo de esta parroquia).

(3) Proceso por la venta de una esclava (Arch. Catodal, Valencía).

(4) El mismo proceso a que se refiere la nota anterior.

(5) Johannis Almenar, hispani *De morbo gallico liber*, cap. III: forma este opúsculo parte de la colección *Morbi gallici curandi Ratio*, Lugduni, 1536 (de mi librería).

(6) J. Grundpeck, *Liber de pestilentia in pustulas malas, morbum quem malum de Francia vulgus appellat que nasci de genere formicarum*, pág. 38, transcrito por Fabre, obra citada, tomo I, pág. 68 (Bibl. Facultad medicina, de Valencia).



órgano oficial de los sífilógrafos de su época, describe los dolores después de haber tratado de las manifestaciones cutáneas, y dice: «Además de todo lo dicho, como si ello fuera poco, sobrevienen atroces y extraordinarios dolores en las masas carnosas de los brazos, que muy frecuentemente son simultáneas con las pústulas, algunas veces vienen antes que ellas, pero nunca después; estos dolores se exacerban principalmente por las noches y se dejan sentir, más bien que en las articulaciones, alrededor de las masas carnosas y de los tendones. Sin embargo, algunos enfermos no presentan dolor ninguno, como en otros faltan las pústulas, pero la mayor parte tienen las dos cosas» (1).

Las manifestaciones cutáneas, por ser las más ostensibles y molestas, han sido siempre las que en primer término han preocupado a los enfermos y a sus allegados, y han llamado la atención de los médicos, y buena prueba de ello es que la mayoría de las denominaciones vulgares que en los primeros tiempos de su existencia se dieron a la enfermedad, aluden a esta serie de síntomas, que por su parte, los médicos, siempre fieles observadores de la naturaleza, describieron con profusión de pormenores y detalles. Nuestro Pedro Pintor, que impresionado tal vez por el aspecto extraño, deforme y repulsivo que este mal daña a los que le padecían, le llamó *MORBUS FORMOSUS*, y creyéndole como una variedad o especie nueva de viruela a la que dió el nombre de *alabanata*, dice que «estas erupciones cutáneas son raras al principio, que aparecen como picaduras de agujas en el mentón y en el glande principalmente, a veces en la cara, en la frente y en otros miembros, rara vez en todos a un tiempo; poco a poco aumentan en número, se hacen más grandes y adquirieron en ocasiones la extensión de la palma de la mano. Generalmente son muy secas, pero a veces dejan salir una cantidad mayor o menor de materia purulenta, y a veces quedan secas y furfuráceas» (2). Según Torrella, en algunos enfermos el mal comenzaba por pústulas costrosas, húmedas, de color amarillo como de miel, otras veces eran redondas y duras, parecidas a los granitos de los higos, en unos enfermos dejaban escapar cierta humedad parecida al agua de carne y otras daban sangre, pero algunas eran por el contrario secas y costrosas (3).

Según el célebre médico veneciano Nicolás Massa, que según Astruc escribió su obra sobre el morbo gálico cuando esta enfermedad comenzó a

(1) Fracastor, *De morbis contagiosis*, libro II, cap. XI, pág. 125 (de mi biblioteca).

(2) Pedro Pintor, adueño y transcrito por Fabre, obra citada, tomo I, pág. 68.

(3) Gaspar Torrella, *Tractatus de pudentagria*, adueño y extractado por Astruc en su obra *De morbis veneris*, 2.<sup>a</sup> edición, tomo II, artículo dedicado a Torrella.



hacer estragos, y que si no es el primero que de ella escribió, ha de considerarse como uno de los autores más antiguos que de la misma se han ocupado, las pústulas son prominentes y van acompañadas de cierta induración, aparecen en toda la cabeza o sólo en la frente junto a los cabellos, o en otras partes del cuerpo, principalmente en las comisuras de la boca, como sucede con mucha frecuencia en los niños y alguna vez en los adultos (1).

Almenar, imbuido por las teorías humorales, en su tiempo tan en boga, pretende explicar las diferencias que en su aspecto, tamaño y coloración presentaban las pústulas, por el humor viciado que las producía, y dice: «Si el dolor es agudo y no tarda en hacerse muy grande y las pústulas son pequeñas y amarillo-citrinas o ulcerosas, y la piel está cubierta de asperezas, son producidas por el humor calórico; si son anchas y blanquecinas, es la flegma la que las produce, y si la flegma es salada, van además acompañadas de prurito y ardor; si su color es negrozco y son pequeñas las produce el humor melancólico, y cuando son rojizas son producidas por la sangre, pero muchas veces se confunden y mezclan estos caracteres por ser varios los humores que se han corrompido y producen la enfermedad» (2).

El alemán Grundpeck, pinta con negros colores la afección diciendo: «Algunos presentaban desde la cabeza a las rodillas una sarna repugnante y horrible, sucia y negra que ocupaba toda la cara (excepto los ojos), el cuello, la cabeza, el pecho y el pubis, en términos que abandonados de sus compañeros y expuestos en la llanura a los ardores del sol, no pedían otra cosa más que la muerte. Otros, exasperados por el dolor, trataban de arrancar con sus uñas la sarna, más dura que la corteza de los árboles, extendida por el occipucio, la frente, el cuello, el pecho, etc. Los restantes tenían todos los miembros del cuerpo cubiertos de tan innumerables verrugas y pústulas, que era imposible contarlas. En gran número salían de la cara, de las orejas y de las narices ciertas pústulas gruesas y rugosas que tomaban la forma prolongada de pequeños cuernos, derramando un fluido purulento y fétido, y pareciéndose mucho a los dientes descarnados» (3).

Fracastor describe las pústulas de la siguiente manera: «Salían a la piel unas pústulas costrosas que comenzaban en unos por la cabeza,

(1) Nicolai Massae, *medici veneti de morbo neapolitano liber primus*, capítulo VIII. Siguen cinco libros más sobre el mismo asunto. Forma parte de la Colección *Morbis galliæ curandi ratio*, ya citada.

(2) Juan Almenar, obra citada, cap. III.

(3) Grundpeck, obra citada, pasaje transcrito por Fabre, tomo I. pág. 87, de la obra ya citada.



«que era lo más frecuente, en otros en diferentes lugares, al principio eran pequeñas, pero más tarde aumentaban de tamaño, hasta tomar el del opérculo de la bellota, cuya forma también tenían; en unos eran pequeñas y más secas, y en otros mayores y dejaban salir cierto humor, unas veces lívida y otras veces blanquecino; a veces eran duras y rojizas, pero todas a los pocos días se abrían, y de ellas manaba un humor mucilaginoso y fétido muy abundante. Ulceradas ya estas pústulas, sobrepasaban en su malignidad a las úlceras fagedénicas, y no sólo corroían las carnes, sino que infectaban también los huesos, llegando en algunos casos a ocasionar el total despreñamiento de los labios, de la nariz, de los ojos, o de los órganos de la generación» (1).

Acabamos de decir que en los primeros tiempos de la existencia del mal venéreo, en nuestro país era del todo desconocida la significación de los fenómenos primarios, y esta ignorancia absoluta del más principal modo de transmisión de la enfermedad, explica cumplida y satisfactoriamente, no sólo que los Jurados, a quienes, según las leyes forales, correspondía, dejaran de dictar medidas de higiene y de policía en el régimen interior del burdel y de los lupanares de la ciudad, encaminadas a evitar el contacto íntimo de las personas sanas con las contaminadas y, por tanto, a evitar la propagación del mal, sino también que las gentes no le considerasen como cosa vergonzosa, que defatahía una vida disoluta y desarreglada, y que los enfermos mismos no tuvieran inconveniente en hacer público y divulgar que la padecían, lo cual está completamente comprobado por un curioso documento notarial, cuya copia poseemos (2).

Vienen a confirmar y a explicar esta opinión, que ahora tal vez pudiera tenerse como atrevida y poco fundada, los hechos de clínica präterita, que después de un detenido estudio de los autores antiguos, recuerda Ricord. Este eminente sifilógrafo del siglo pasado (3), dice que en los primeros tiempos sobresalían en esta enfermedad, el estado pustuloso de la piel y las dolores de los miembros, que eran una verdadera tortura para los enfermos, y que las lesiones de los órganos genitales tenían importancia muy secundaria y llegaban a faltar por completo en algunos casos; a propósito de lo cual no parece tampoco ocioso recordar que Brat-

(1) Fraenstor, obra citada, libro II, cap. XI, pág. 124.

(2) En el protocolo de Miguel Torrent, conservado en el Colegio del Patriarca de Valencia, a 19 Abril de 1498, se encuentra un documento en el cual un jardinero—*ligador de orbes*—empleado en los reales jardines de Granada, revoca los poderes que algún tiempo antes había hecho a favor de su mujer. A continuación se encuentra otro documento por el que íntima a su mujer a que se traslade a Granada a vivir en el domicilio conyugal, y ésta se excusa alegando que estaba impedida para el viaje por padecer *mal de venent*.

(3) Citado por Anglada en la obra ya dicha, pág. 570.



zabal y Frenvel (1), que escribieron en 1553 y 1555, respectivamente, afirman con insistencia que hasta su tiempo no se conocía la gonorrea.

Astruc afirma también que en los primeros tiempos fué desconocido el modo de propagación de la enfermedad, y resumiendo las ideas de los autores más antiguos, dice que en aquella época estaba dividida la opinión de los médicos, de los cuales, unos creían que la enfermedad podía desarrollarse espontáneamente por especiales condiciones atmosféricas, por mala calidad de los alimentos, por errores en la dieta, etc.; otros la tenían por contagiosa, y otros, por fin, adoptando un criterio ecléctico, creían que podía adquirirse de una y de otra manera (2).

En 1480 y en 1494, en las efemérides de Mir y de Mascó, ya tantas veces aducidas, consta que los médicos valencianos en aquella época pertenecían al primer grupo de los que Astruc señala, pues decían que la enfermedad provenía de *gran sequetat*; pero más tarde, cuando estos médicos conocieron las obras que Coradino Gilino y Torrella publicaron en 1497, y las de otros varios autores de nota que a éstos siguieron, fueron abriéndose paso en la opinión pública las ideas contagionistas, hasta el punto de que en el primer tercio del siglo XVI, era creencia generalmente admitida que el mal venéreo era eminentemente contagioso y que, por lo tanto, las personas sanas podían adquirirlo, no sólo por el contacto inmediato más o menos íntimo con los enfermos, sino también por vivir en la misma habitación, dormir en el mismo lecho y emplear en la vida ordinaria ropas y vestidos o instrumentos de trabajo usados por personas enfermas.

Esta opinión sobre la etiología de la sífilis sostenida por los médicos y cirujanos de Valencia del primer tercio del siglo XVI, está puesta claramente de manifiesto en diferentes piezas del proceso extrajudicial, instruido en 1528, al que hace poco aludíamos, y es también la que con unanimidad casi absoluta sustentaban los médicos de aquella época en todos los países de Europa, lo que nos hace creer que esta opinión estaba lógicamente fundada en los hechos bien comprobados que la observación y la experiencia ponían diariamente de manifiesto a los eminentes clínicos que de esta enfermedad escribieron; y esta consideración nos llevaría como de la mano, a tratar un interesante punto de patología pretérita: la extraordinaria virulencia de la sífilis en las últimas décadas del siglo XV y en las primeras del XVI; tema que, muy a pesar nuestro, sólo podemos esbozar, porque para tratarlo con alguna amplitud, tendríamos que abusar desconsideradamente de vuestra amabilísima paciencia y benévola atención.

(1) Citados por Anglada en la misma obra.

(2) Astruc, *De morbis venereis*, advertencias o prenotandos que preceden a los artículos bio-bibliográficos de los autores del siglo XV, tomo II.



Jerónimo Fracastor, en cuyo tiempo, según antes indicábamos, el morbo gálico aún ocasionaba, con bastante frecuencia, la pérdida completa de los labios, de la nariz, de los ojos o de las partes genitales, al formular una hipótesis, según la cual la sífilis ha de llegar a desaparecer tan completamente que será del todo desconocida, para reaparecer después de un larguísimo lapso de tiempo (1), da claramente a entender que en su época este mal había disminuido en su gravedad palpablemente, y hace medio siglo, al comparar el sabio médico-filósofo y eminente clínico Trousseau los terribles accidentes sífilíticos en los primeros tiempos de su existencia con la relativa benignidad de los síntomas que ofrecen los enfermos de nuestros días, no pudiendo explicarse satisfactoriamente este cambio, sólo por los progresos gigantescos de la higiene y de la terapéutica, se ve obligado a admitir y proclamar una evidente atenuación del virus.

La mayor virulencia de la enfermedad de que hablábamos, y esta atenuación del virus que admitió y propuso el sabio Trousseau, podrían expresarse en lenguaje más moderno diciendo que, desde los primeros tiempos en que se presentó la enfermedad hasta nuestros días, han variado notablemente las condiciones biológicas del *Treponema pallidum*, protozoo productor de la sífilis; que así como actualmente, este microorganismo muere muy pronto, cuando arrastrado por los diversos humores fisiológicos y patológicos, que le contienen, es sacado del organismo humano en que se reproduce y vive, en los ya lejanos años de los siglos XV y XVI, cuando la enfermedad que él produce vino de improviso a constituirse en una terrible plaga de la humanidad, no sólo gozaba una vida vigorosa y exuberante que producía toxinas activísimas, sino que tal vez conservaba fuera del organismo humano su potente vitalidad y facultad reproductora por más largo tiempo que en nuestros días, haciendo, por consiguiente, más fácil y segura su propagación y desarrollo: propiedades, todas ellas, que por circunstancias especiales que no sabemos señalar, ha recobrado en diversas ocasiones, desde la endemo-epidemia que se presentó en Brúnn, ciudad de Moravia, en 1598, hasta la de Luxelle (Francia), en 1840 y 1841 (2), algunas de las cuales han sido fidelísimamente descritas por

(1) Fracastor, libro y capítulo citados anteriormente.

(2) Las endemo-epidemias de esta clase de que tenemos noticia, son las siguientes:

La enfermedad de Brúnn, que en 1598 se presentó en esta ciudad de Moravia; el Pícu, *Vener* o *Famboesia*, que se vió en ciertas comarcas africanas, la que fué transportada a América con los negros que se llevaban como esclavos; el *Sibbens* de Escocia, que empezó a observarse en 1594 en algunos condados de aquella isla; el *Radesjo* de Suecia y Noruega, llevado a ese país por un buque ruso en 1710; el *boitón de Aobois*, estudiado en esta isla en 1718; la enfermedad de *Santa Eufemia* o *herpes sífilítica*, estudiada en 1797; el *Pícu de Norue*, que,



autores tan prestigiosos como Gaumbiesi, que se ocupó de la de Piume en 1800, a la que dió el nombre de enfermedad de Scherllecwo; Flamaud, que describió la que en 1819 reinó en Chavanne; Zeocchinelli, que estudió la llamada «sífilis falcadina», porque en 1820 se presentó en Falcada, y Foderé Guillerier y la Comisión encargada por la Sociedad real de Medicina de Francia, que detenidamente han estudiado otras parecidas (1).

• • •

Rebecha ya, en cuanto se nos alcanza, la historia de la aparición en Valencia de la enfermedad de que venimos ocupándonos, vamos a poner término a este discurso con el desarrollo sucinto del último de los extremos que abarca el tema que nos hemos propuesto: vamos a exponer nuestra humildísima opinión sobre el tratamiento que para combatir el *mal de sement* debieron emplear los médicos valencianos de las últimas décadas del siglo décimo quinto: Aunque carecemos de textos que de manera clara y terminante nos informen de tan interesante asunto, concurre la feliz coincidencia de que los autores antiguos de que principalmente hemos de ochar mano, son españoles, y en España y aún en Valencia ejercieron, o en ellas tenían próximos parientes que eran médicos celeberrimos, por quienes podían tener informes y noticias exactas de un asunto de tal transcendencia profesional y científica.

Las comarcas levantinas de España, por las frecuentes y relativamente rápidas comunicaciones con Italia que, en parte, pertenecía, como nosotros, a la entonces poderosa monarquía aragonesa, parece que debieron sentir con mayor intensidad y eficacia la influencia de los sabios, de los literatos y de los médicos que, procedentes del aniquilado imperio bizantino, se habían refugiado en los países occidentales; pero esta influencia no había bastado para desarraigir por completo las doctrinas médicas que durante la Edad Media habían imperado en Europa; y en las dos últimas décadas de la centuria décima quinta, cuando tuvo lugar la inesperada explosión sífilítica que conmovió a Europa entera, en Valencia reinaba, casi en absoluto, la medicina galénico-arábiga, y los que la profesaban estaban afiliados al sistema humoral de aquélla, por el cual, y por las cuatro principales cualidades de calor, frío, humedad y sequedad, que admitían en

---

como epidemia, se presentó en dicha ciudad en 1752; las *sífilides del Conado*, que se manifestaron en 1760, 1760 y 1765, en diversas localidades de aquel país; las de las costas del mar Adriático *Falcadina*, *Scherllecwo* y otras de que se hace mención en el texto (Noticias extractadas del *Tratado histórico y práctico de la sífilis*, de E. Lancereaux, traducido por Pedro M. Brun, Madrid 1875).

(1) Véase Anglada, obra citada, págs. 577 y 578.



los cuerpos, creían explicarse, no sólo la esencia de los temperamentos, sino también la naturaleza de las enfermedades y de los variadísimos fenómenos que a diario se les presentaban en la práctica; y a estas mismas ideas teóricas y preconcebidas, recurrían también para explicarse la acción fisiológica de los medios terapéuticos de que disponían, y a ellas naturalmente se ajustaban en un todo, al formar los planes curativos que juzgaban más racionalmente dispuestos.

En los primeros tiempos de la enfermedad, según nos informa el licenciado Villalobos en su *Tratado de las pestíferas bubas* (1), era tal el desconcierto que entre enfermos y médicos reinaba respecto al tratamiento, que

La gente de entonces atónita andaba  
y aun entre letrados andaba dudosa,

mientras unos juzgaban perjudiciales las purgas, las sangrías y los jarabes y confecciones farmacéuticas, otros, por el contrario, aconsejaban estos mismos medios y una dieta severa; en tanto que unos preconizaban las unturas mercuriales y otros provocaban copiosísimos sudores, unos terceros se oponían a ello y formaban nuevos planes curativos que creían más acertados.

Parece lógico y natural pensar que en un principio, cuando ni remotamente llegó a sospecharse que se trataba de una nueva entidad nosológica y los sífilíticos eran considerados como enfermos de *elefantiasi*, de *scabie* o de *sahafati*, enfermedades todas ellas minuciosamente descritas y estudiadas por los autores que entonces gozaban de mayor autoridad y aprecio, fueron tratados como afectos de tales dolencias, ajustándose los planes curativos a las prescripciones preconizadas por dichos autores (2).

Consecuentes con este criterio pensamos que a los enfermos considerados como elefantíacos se les sugería al régimen dietético que se creía entonces más apropiado, del cual formaban parte la carne y caldo de víbora, o, en su defecto, de culebra de monte, previamente decapitadas de un sólo golpe y privadas de la cola y entrañas, dándoles también a comer verdolagas con miel; se les provocarían copiosos sudores por medio de la marcha, del salto, de la carrera y de la lucha, o frotando fuertemente el cuerpo y haciendo estar al sol a los enfermos después de haberlos embadurnado con manteca; se les daría unturas con aceite rosado y leche de

(1) *Tratado de las pestíferas bubas*, Apéndice ya citado de la Historia de Morejón.

(2) Para lo que decimos respecto al tratamiento de la *elefantiasi*, *sahafati* y *scabie*, nos hemos inspirado en la más célebre obra de Avicenna: *Avicenna medicarum arabum principis Liber canonis*, Brestes, 1336; Libro IV, Pen. III, tratado III, caps. I, II y III; y Libro IV, Pen. VII, tratado III, cap. I, y cap. VI.



mujer, o con aceite de mirto y de sumidades de vid; se emplearían los baños con cocimientos de plantas resolutivas, y emplastos para las juntas preparadas con nitro, azufre, mostaza, orégano, pimienta, estafisagra, aloe y calaminta; en los casos rebeldes, que hay que pensar que serían todos, se recurriría al cauterio actual, llegando hasta el hueso, cuando se operaba en la cabeza, y, en fin, cuando el enfermo podía soportar tales dispendios, se emplearía la confección *alselaha* de la que formaban parte, además de muchas plantas y productos vegetales, el oro y el cobre rojos, la plata pura y el hierro, la cual tenía que administrarse mezclada con miel y manteca y desleída en leche de cabra o agua tibia. Además de todo lo cual se emplearían varios linimentos de los que formaba parte principal la carne de culebra negra y la raíz de dragantea, cocidas a fuego lento con vinagre y agua.

Si se creía que era *sahafati* lo que los enfermos padecían, particularmente si era seco y costroso, se les sujetaría a la verdadera tortura de aplicar sobre las pústulas ventosas o sanguijuelas, frotarlas después fuertemente con una tela áspera, para que sangrasen con abundancia, locionándolas seguidamente con vinagre y sal, y curarlas a continuación con un unguento apropiado en el que entraban varias sustancias minerales; al interior se les administraría cocimiento de epítimo con mirabolanas, al que alguna vez se añadían aloe y escamonea para procurar la evacuación del humor colérico y melancólico y de la hema salada; se recurriría a la flebotomía de la vena de la región afecta, y, finalmente, se emplearían varios linimentos en los que además del vinagre y del aceite rosado, entraban el litargirio, la escoria de plata y las almendras amargas quemadas; pero cuando se trataba de *sahafati* antiguo se empleaban unguentos y pomadas en los que entraban el colcohar, el calcanto, la sal, el azufre, la tierra de azogue, la escoria de cobre y el hollín de horno, añadiéndose a veces a todo esto el excremento de paloma, de lagarto y de estornino.

Y, por fin, si se juzgaba que los enfermos tenían *scabie* se les prohibía en absoluta los alimentos y cosas saladas, picantes y ásperas, y se les aconsejaba, en cambio, las que son acuosas, como los melones, lechugas, endivia, etc.; se les administraba cocimiento de epítimo con mirabolanos, cítrinos, alholbas, sen, polipodio y ajenojo, o píldoras de aloe, escamonea y azafrán. En los linimentos de que se hacía uso entraban la escoria de plata, el litargirio, el bolo arménico, el alcanfor y el azafrán con vinagre y aceite rosado, pero se consideraba superior a éste, el que se componía de mercurio extinto, escoria de plata, aristoloquia, azufre, alcali, cobre quemado, sal amoníaco, flor de cobre y excremento de perro, considerándose también muy útil otro más sencilla, compuesta sólo de mercurio extinto, estoraque líquido, aceite rosado y flores de violeta.

Tal vez por los mismos enfermos importadores de la lue, debieron



darse pronto cuenta los médicos valencianos de que los caracteres más salientes del nuevo mal, que aquí conservaba su nombre extranjero, no correspondían exactamente a las descripciones de las diversas enfermedades hasta entonces conocidas, y formaron de ella el concepto que claramente expresa el licenciado Villalobos en la estrofa XI de su tratado sobre las pestíferas bubas, diciendo que esta enfermedad procede de exceso de humor melancólico y flemma salada, difundidos por todos los miembros, y produciendo tal destemplanza que tornan al hígado seco y caliente, ocasionando un mal de difícil curación (1). Con arreglo a esta teoría disponían su tratamiento encaminado a fluidificar los humores viciados, si eran excesivamente crasos, para ponerlos en condiciones de ser fácilmente expulsados por los emunctorios naturales, desideratum este último en que se había consistir la curación de los enfermos.

Aunque era unánime el concepto que de esta enfermedad tenían los médicos de aquella época, no había, sin embargo, entre ellos unidad de criterio en cuanto al tratamiento, y según puede verse en el ya indicado tratado de Villalobos *sobre las pestíferas bubas*; mientras unos preconizaban desde un principio los purgantes enérgicos, las sangrias y las confecciones farmacéuticas, otros empleaban las unguentas mercuriales alrededor de las articulaciones, con lo que calmaban momentáneamente el dolor, y otros, por fin, creían más beneficioso procurar grandes sudores; pero el autor ya citado tiene por equivocados todos estos procedimientos, y cree más conveniente y racional comenzar el tratamiento fluidificando los humores viciados excesivamente crasos, y procurar después su evacuación. Seguramente, estos diversos criterios terapéuticos tenían partidarios entre los médicos de Valencia, como los tendrían en los de todas partes, y los enfermos serían tratados de diferente manera, según la opinión particular de los médicos respectivos.

El licenciado Villalobos, poniendo en práctica el método que preconizaba, empezaba la cura con la administración del jarabe de fumasteris,

- (1) Los médicos dicen que fué de abundancia  
de humor melancólico y flemma salada,  
que en todos los miembros han hecho su estancia,  
la cual se fundó en una gran destemplanza  
que al hígado seco y caliente ha tornado,  
y aquesta fundose del aire dañado,  
y malas costumbres y mantenimiento;  
y junto con esto lo ya processado  
han hecho este daño ser tan perñado,  
que no basta cura ni buen regimiento.

(Estrofa XI, del tratado de Villalobos sobre las pestíferas bubas, Apéndice 3.º del tomo I de la Historia de Morcón).



sólo o asociado con el de epítimo, según la fuerza y robustez del enfermo, mezclados con agua de palomina y baglosa, o con suero, continuando este tratamiento hasta que disminúan los dolores articulares, podía el enfermo conciliar el sueño y cesaba la aparición de nuevas pústulas: fenómenos, todos ellos, que se tenían como señal segura de estar ya digeridos y fluidificados los humores, y haber por consiguiente llegado la oportunidad de administrar evacuantes más enérgicos, entre los que principalmente empleaban el sen, el fumsterrae, el cantuero, el polipodio, el agarico y la piedra de Armenia.

Conseguida ya la eliminación de los humores por medio de los purgantes, aconseja Villalobos el uso de la triaca mayor, tomada cada tres días, desleída en suero de leche de cabra, y ayudar la acción de este fármaco, al que entonces se atribuían tan extraordinarias virtudes, con la cascabelista y el epítimo, tomados igualmente con suero de leche de cabra, para expeler por completo los humores; con todo lo cual se consideraba ya el enfermo convenientemente preparado para comenzar con éxito la cura local de las pústulas, con unguentos preparados a base de mercurio asociado a la escoria de plata, al litargirio y a la cerusa, o acompañado del arsénico, del azufre y del eleboro; de los dolores articulares por medio de emplastos de composición diversa y complicada, y de los demás accidentes, como *lagas* y *durazones*, que considerándolo tal vez, como objeto impropio de un médico, se abstiene de ocuparse de ello, y lo deja al cuidado de un buen cirujano.

El método curativo, que consistía en provocar copiosísimos sudores, que como perjudicial o poco eficaz fué anatematizado por Villalobos, gozó, sin embargo, del favor de los médicos, pues como recuerda Andrés Laguna en sus comentarios a Dioscórides, cuando trata del esmeril y de la arena del mar caldeada por el sol, era empleada en baños para provocar el sudor en el tratamiento del morbo gálico, antes de emplearse para ello las unguiones mercuriales (1).

Nuestro Gaspar Torrella (2) en su libro titulado *Tractatus cum consiliis contra pudendagram*, recomienda como eficazísimo este método curativo empleando la estufa, y cree haber conseguido la curación radical en cinco enfermos, cuyas abreviadas historias clínicas acompaña; Juan Almenar, conocido médico valenciano, a quien varias veces hemos aludido en este trabajo, que seguramente no abandonó nuestra ciudad, pues tenía que administrar sus cuantiosos bienes, el cual recomienda también con efica-

(1) *La materia medicinal de Pedacio Dioscórides Anazarbio, comentada por Andrés Laguna*, edición de 1570, pág. 565 (Bibl. Palacio Arzobispal de Valencia).

(2) Copiado en parte por Astruc en la obra ya citada, tomo II.



cia, en su clásica obra *De morbo gallico*, emplear cada seis o siete días la estufa o baños calientes con el cocimiento de malvas, melicoto, fumaria y rosas, para provocar grandes sudores que tenían que favorecerse y aumentarse administrando una infusión vinosa de fumaria y enula con triaca añeja de diez años por lo menos, y mezclada con agua de buglosa.

Aunque desconocemos los detalles de la práctica de este método curativo en los últimos años del siglo décimo quinto, creemos que diferirían poco de los que con idéntico fin se practicaban algunos lustros después, y, por tanto, nos parece oportuno recordar a grandes rasgos lo que sobre este particular prescribe Benedicto Victoriis, médico de Páenza, en su obra *De morbi gallici curandi ratione*, cuya edición de 1636 tenemos a la vista (1).

Aconseja este autor, que después de curadas las manifestaciones primarias del mal, se coloque al enfermo en la estufa o en el baño para provocar grandes sudores, sin la aplicación por entonces de ventosas, repitiendo esta operación cada tres días, usando al enfermo en los intermedios de alimentos ligeros y de muy fácil digestión, después de lo cual tenían que administrarse algunos laxantes y practicar la flebotomía de la salvatela del lado izquierdo para extraer cinco onzas de sangre. Después de lo indicado, se empleaban tres setonarios, durante los cuales, insistiendo en los laxantes, se colocaba al enfermo en la estufa, donde se empleaban abluciones calientes y se aplicaban diez y seis ventosas escarificadas, repartidas por grupos de cuatro, en las regiones escapulares y caxal, en las manos y en los brazos, con todo lo cual se creía ya el enfermo convenientemente preparado para entrar de lleno en la práctica del método curativo propuesto.

Este consistía en el empleo de siete baños calientes, de una hora de duración, o por lo menos media, intercalados cada uno con un día de descanso, tomados en tina, que pudiera cerrarse para que no se perdiera el vapor, y con un cocimiento de varias plantas, entre las que figuraban la camomila, el mediloto, las alholbas, la fumaria y las rosas, con nitro, alumbre y azufre, teniendo cuidado de mantener la temperatura uniforme por la adición de nuevas cantidades de agua caliente; la acción sudorífica de este baño se continuaba y completaba colocando el enfermo en una cama caliente, donde había de estar por espacio de dos horas, bien tapado con mantas de abrigo para sudar con abundancia, y transcurrido este tiempo podía el enfermo vestirse con ropa limpia, procurando resguardarse de las corrientes de aire frío; al día siguiente había de tomar un bolo de azúcar

(1) *Benedicti de Victoriis Faventini philosophi & medici exquisitissimi de morbi gallici curandi ratione liber*. Forma parte de la colección titulada *Morbi gallici curandi ratio exquisitissima a variis iisdemque peritissimis medicis conscripta*, Leiduni, 1586 (de un libris).



rosado y triaca, que en los subsiguientes días intercalares era sustituido por otras preparaciones farmacéuticas. Si este régimen curativo ocasionaba excesiva debilidad, autorizaba el autor dejar pasar más días entre baño y baño.

Para los casos en que el enfermo no pudiera resistir el tratamiento balneo-terápico descrito, el mismo autor propone el empleo de baños de vapor dispuestos de la siguiente manera. Colocábase al enfermo sentado, envuelto en una sábana, que le cubría por completo a manera de tienda, dentro de la cual, y tan junto al enfermo como fuera posible, colocábase un barroño o recipiente bastante capaz para contener suficiente cantidad de cocimiento de salvado grueso, mejorana, salvia, romero, betónica, bisopo y flores de camomila. En este cocimiento, que había de usarse a alta temperatura para que se desprendiese vapor, se introducían cuando y cuantas veces fuera necesaria, pedazos candentes de piedra silicea, para que, apagándose en aquel líquido, mantuviera continuamente la producción de vapor, el cual, quedando retenido por la sábana que cubría al enfermo, le mantenía expuesto a su acción por espacio de tres horas, o por lo menos dos, que había de durar el baño.

Estos baños de vapor tenían que tomarse, como los anteriores, de tina, en días alternos y en número de siete; pero si debilitaban excesivamente al enfermo, podían distanciarse más, y a ellos había de seguir también la estancia en la cama, si bien menos prolongada, y se había de observar en los días de descanso un régimen análogo al que anteriormente se ha indicado.

Como hemos visto hace un momento, en los ungüentos, aceites y pomadas que se empleaban en el tratamiento de la *elefantiasi*, *sahofati* y *scabie*, entraba principalmente el mercurio, y este metal, o sus preparados, era también la base de los ungüentos empleados en los primeros tiempos para el tratamiento de las dermatosis sífilíticas y de las pomadas que se usaban para mitigar los acerbos dolores articulares y nocturnos que producían las bubas. Ante estos hechos, no nos repugna pensar, antes bien, creemos que se legitima la hipótesis, de que algunos enfermos, para procurarse más duradero alivio, y hasta por hábito, llegarían a exagerar el uso de este medicamento en cuanto a la cantidad y frecuencia de su empleo, práctica que sería seguramente seguida de éxito feliz más ostensible y palpable que cuando se empleaba más moderadamente. Repetidos varias veces hechos análogos, debieron alentar a otros enfermos que imitarían el procedimiento, que de esta manera llegó al fin, a constituir un verdadero método curativo, fundado en el empleo empírico de las uncciones mercuriales, cuya explotación, quizá desde muy al principio, fué, en cierto modo, desdeñada por los médicos, y quedó casi completamente vinculada en gentes indoctas y audaces charlatanes, que llegaron a formar legión y



gozar de tal preponderancia en todo el mundo, que los Reyes Católicos, después de dar autorización a todos, aunque no estuvieran examinados, para curar el morbo gálico, nombraron director técnico del hospital de sífilíticos, de Sevilla, a un tejedor de mantas (1), y el sabio médico valenciano Gaspar Torrella, en una de las ediciones de su libro *Tractatus cum consiliis contra pudendam*, doliéndose de los perjuicios que estos vividores, tan faltos de ciencia como sobrados de atrevimiento, ocasionaban a los enfermos y a la sociedad, pone a Dios por testigo al asegurar que publica el libro para que los médicos aprendan a curar la terrible *pudenda*, y para lamentarse de que las autoridades civiles y eclesiásticas no se decidan a prohibir terminantemente a los intrusos el ejercicio de una profesión cuya ciencia desconocían por completo.

Si además de estos hechos se consideran, por un lado, las molestias e incomodidades que a los enfermos reportaban los métodos curativos de la sífilis que hasta entonces se habían empleado, y por otro, la inseguridad en el éxito, o hablando más propiamente, la probabilidad del fracaso de estos métodos, no ha de extrañarse que los médicos mostraran poco interés en acrecentar su clientela con enfermos de esta clase, y que estos mismos enfermos, en número seguramente muy crecido, vieran a caer en manos de estas gentes sin conciencia, que atentas siempre al sórdido interés, les explotaban inicuamente, prometiendo una curación pronta y radical que eran incapaces de conseguir.

Con lo que antecede, no queremos significar que en aquellos remotos tiempos los médicos verdaderamente sabios se privaran sistemáticamente del empleo del mercurio en el tratamiento de la lue venérea, pues como ya indicamos más arriba, Villalobos y Torrella, en sus respectivos y célebres libros, emplearon y aconsejaron el uso de este poderoso medio terapéutico.

Al tratar el punto concreto de que nos ocupamos, además de los dos eminentes médicos españoles del siglo décimo quinto que acabamos de nombrar, tan sabios y prestigiosos, que fueron llamados a ejercer su profesión junto a las egregias personas del Rey de Castilla y del Supremo Jerarca de la Iglesia, hemos de hacer honorífica mención de dos ilustres médicos valencianos de la misma época, de Pedro Pintar, médico cubicular de Alejandro VI, que, en el tratamiento de sus enfermos sífilíticos, supo emplear discreta y prudentemente el mercurio, sin exponerlos a las terribles consecuencias del abuso inconsciente de tan precioso medicamento, y de Juan Albenar, Señor territorial de Godella y Rocafort, que fué el primero que señaló los gravísimos accidentes consecutivos al uso inmo-

(1) *Historia bibliográfica de la medicina española*, por D. Antonio Hernández Norejón, tomo II, pág. 55.



derado y anticientífico del mercurio, y dió reglas precisas y terminantes para obviar los inconvenientes y *fixar el verdadero método de prescribir las fricciones sin excitar el plácalismo.*

En el capítulo cuarto de su opúsculo, que es el en que Almenar se ocupa del tratamiento, dice que la cura de esta enfermedad estriba en siete intenciones, la tercera de las cuales es la digestión de la materia pecante, con lo que se la prepara y hace apta para su eliminación, y para ello aconseja la administración, durante varios días, de distintos jarabes, principalmente de fumaría, buglosa y epítimo; algunos cocimientos como los de achicorias, endivia, lúpulo, borrajas y otros semejantes; fomentos calientes de cocimiento de meliloto y raíz de alba, y las uncciones con un unguento preparado con mercurio metálico, triaca añeja de diez años, miridato y litargirio. El método que en la aplicación de estos remedios se ha de seguir, según el autor, es el siguiente (1): en los días primero y segundo ha de tomar el enfermo seis dragmas (24 gramos) de cada uno de los jarabes de buglosa y fumaría mezclados con unas tres onzas (90 gramos) de alguno de los cocimientos más arriba indicados; en la noche del tercer día, a la hora en que el enfermo va a acostarse, ha de recibir la primera unción, hecha con suavidad, en la parte interna de los brazos y de las piernas, en las palmas de las manos y en las plantas de los pies, después de haber dado algunas fomentos calientes en las mismas partes. Estas uncciones debían practicarse en días alternos, de manera que al sexto día de tratamiento el enfermo hubiera tomado seis veces los jarabes prescritos y recibido tres uncciones, después de las cuales aconseja el autor administrar algún laxante suave para que los humores que tenían que eliminarse por la boca encuentren su salida por cámaras, evitando con ello la salivación y las ulceraciones de las encías y de la boca. En los días sucesivos aconseja este médico valenciano insistir en un tratamiento semejante, pero empleando un unguento que contenga más triaca y menos mercurio, y empleando con alguna mayor frecuencia los laxantes suaves.

\* \* \*

Hemos llegado al término de nuestro trabajo. Creemos haber conseguido totalmente nuestro propósito, y por tanto juzgamos oportuno sentar como conclusión definitiva de esta disertación histórico-médica que el *Mal de venent*, o acomodándonos al lenguaje actual, LA SÍFILIS EXISTIÓ EN VALENCIA ANTES DE LA ÚLTIMA DÉCADA DEL SIGLO DÉCIMO QUINTO, conclusión que

(1) *Johannis Almenar hispani medici de Morbo gallico liber*, cap. III, página 81.



consigo trae aparejada la afirmación rotunda y categórica de que no fué IMPORTADA DE AMÉRICA.

Y como conclusión provisional: QUE HACIA EL PRINCIPIO DEL ÚLTIMO CUARTO DE LA MISMA CENTURIA FUÉ IMPORTADA A VALENCIA, PROBABLEMENTE DE LOS PAÍSES DEL CENTRO DE EUROPA Y TAL VEZ DE FRANCIA, DONDE QUIZÁ EXISTIERA DESDE MÁS ANTIGUO. Para establecer esta conclusión provisional nos fundamos en que en 1488, cuando Pedro Martir de Angleria escribió su célebre carta a Arío Lusitano, era ya esta enfermedad conocida en España con el nombre de *Mal francés*; que en 1489, cuando el dietarista valenciano Guillermo Mir redactó su efeméride, no sólo da a la enfermedad el nombre de un Santo francés desconocido en nuestro país, sino que conserva este nombre sin traducirlo, y tal como, sin duda, lo nombraban los enfermos que, padeciéndolo, debieron importarlo, y, por último, porque parece que en los países del centro de Europa, antes de las sangrientas guerras que en Italia sostuvieron los franceses y los españoles en los dos últimos lustros del siglo, era ya conocida con igual nombre esta enfermedad, sin que Francia protestara por ello.

En todos los actos análogos al que hoy celebramos se cantan las excelencias de la medicina y de las ciencias sus auxiliares, poniendo de relieve los grandes descubrimientos modernos y los indiscutibles adelantos en el arte de curar que a ellos son debidos, y ésto es también el objeto de este discurso, si bien para ello, hayamos adoptado un procedimiento inverso: en aquéllos, mirando adelante, han conseguido sus autores señalar con toda clase de pormenores la importancia de los progresos realizados en el punto concreto de que tratan, mientras que a nosotros nos ha parecido ahora oportuno y conveniente hacer un alto en la contemplación del curso siempre progresivo de la medicina, y a la manera que el cansado peregrino se detiene en su camino y dirige atrás su mirada para cobrar nuevos alientos, adquirir mayores bríos y reparar con el descanso, las fuerzas que le han de llevar al deseado término del viaje, así también desde el punto a que la medicina ha llegado, en que no sólo es fácil y hacedero practicar con éxito las más arriesgadas operaciones quirúrgicas, aprisionar el rayo, elemento de destrucción y de muerte, haciéndole servir para la curación de los enfermos llevar la escrutadora mirada a las más recónditas cavidades de nuestro sér, y fotografiar con fines diagnósticos y terapéuticos la disposición interna de los órganos, sino que siéndonos familiares la existencia y condiciones de vida de los seres microscópicos, es fácil prevenir y hacer abortar las más mortíferas epidemias, y siendo ya conocidos muchos de los hasta hace poco inescrutables secretos de la química biológica, se han hecho más familiares y de más fácil solución los grandes problemas de la fisiología, de la patología y de la terapéutica; desde este elevado punto del camino histórico de la me-



dicina—decimos—podemos apreciar mejor la inconmensurable magnitud de los progresos de la ciencia desde aquellos tiempos en que terminaba la Edad Media y comenzaba el Renacimiento, época memorabilísima en la historia de la humanidad, en que gracias a las épicas empresas de nuestros audaces navegantes, pudo la nación española ensanchar sus dominios con el mundo descubierto al otro lado de los mares; época aún no bastante estudiada, en que contrastando con el esplendor de las artes y con el resurgir de la filosofía y de las letras clásicas helenas y latinas, estaba aún la medicina encadenada a los antiguos prejuicios antifilosóficos y anticientíficos que, oponiendo trabas al estudio práctico en el cuerpo humano, imposibilitaba el adelanto de la anatomía, base firmísima del edificio médico; aborrojada por teorías convencionales y privadas de fundamento sólido que desnaturalizaban la patología, y esclavizada por las opiniones y creencias astrológicas y por las prácticas cabalísticas que corrompían la terapéutica; época, en fin, en que ante el desconocido y formidable azote de la sífilis, quedaron de manifiesto la inutilidad e impotencia de las teorías médicas y de los recursos terapéuticos que gozaban de mayor prestigio y renombre.

He concluido. Concebido, pensado y en parte escrito este pobrísimo trabajo en los largos meses en que privado del más precioso de los sentidos, tuve, a mi pesar, que mantenerme completamente apartado del mundo, acogí con perdurable gratitud y reconocimiento la valiosa cooperación de amabilísimos amigos y la de cariñosos parientes, que no sólo tomaron a su cargo la impropia e ingrata tarea de comprobar fechas, reunir noticias diseminadas, y a primera vista incoherentes, y leer y cotejar descripciones, sino que llegaron en su bondadosa solicitud a actuar de amanuenses. Sea público el testimonio de nuestra gratitud hacia los que con su nobilísima conducta nos hicieron llevadero el peso de nuestro infortunio. ¡Lástima grande que ya que las circunstancias hicieron que este discurso tenga en cuanto a su redacción, alguna similitud con la obra maestra del filósofo y poeta inglés Juan Milton, no hayamos sabido imitarle en la sublimidad de los conceptos y en las bellezas de la forma, única manera de que este misérrimo trabajo pudiera ser digno de esta docta Academia y de cada uno de vosotros que la integráis!



EL ETERNO AZOTE

---

DISCURSO

de contestación por el académico

D. VICENTE PESET Y CERVERA



## Señores:

**M**E asocio con júbilo a ese aplauso justísimo con que coronáis el erudito discurso de D. José Rodrigo y Perregás, mi condiscípulo predilecto y eterno amigo del alma. Juntos escuchamos las bellas lecciones anatómicas del venerable maestro que se llamó Gómez Alamá, las amenísimas del gran fisiólogo Ortola, modelo de vivisectores, y las agrídalces de aquel irónico terapeuta, D. Fernando de Vida, herido ya de muerte; aprendimos la clásica patología interna de labios del médico poeta Serrano Cafete, cuya clínica daba mi buen padre —con arreglo a un plan de enseñanza que juzgo preferible—, y asimilamos la obstetricia del majestuoso Campá, padrino mío de la investidura, y la operatoria del caballeroso Ferrer y Julve; juntos soportamos las crudezas del severo Sánchez Quintanar y del enigmático Armet, las genialidades de Ferrer y Viñerta; juntos, en fin, saboreamos las sabias enseñanzas de tantos maestros excelentes cuya pérdida lloraremos siempre, como lo fueron también el químico Monserrat, el naturalista Cisternas y el sapientísimo Guillén, la cabeza más visible entonces de la Física española. ¡Dichosos los hombres que dejan tan brillante estela a su paso por la tierra!

De aquella compacta muchedumbre formada por unos 200 condiscípulos en el curso de 1870-71, sólo quedamos algunos maltruchos. Desaparecieron los catedráticos Irazo y Simarro, los publicistas Aroca, Pamar, Carreras y Comenge, el académico Guillén y Marco, González de la beneficencia provincial, Barreña y Ots de la municipal, el castrense Aparisi, el también veterinario Cabells, los políticos Saura, Rodríguez Dalmau, Olmos, Roig, Malboysson, y tantos otros que alcanzaron honroso nombre



en el ingrato ejercicio profesional, como Subiza, Chillida, Sapena, Manzanera o Martínez Armengol. Apenas nos contamos en la ciudad media docena de camaradas, Barberá, Barrachina, Valls, Giménez Taberner, Clemente Ramón y pocos más alejados: los publicistas Serret y Salcedo de generación sumada a la nuestra por beneficio de la enseñanza libre, el neurólogo Escuder, el militar Martí Lis, el cronista segorbinu Torres Fornes, Ramón y Soto en Tetuán, Abarca, Freixa, Fernández Flores, Lloret, Vila....

Qual violata escondida entre las matas, pero cuya fragancia la descubre, así Rodrigo vivió modestísimo sus mejores años ocultos en archivos y bibliotecas, entre pergaminos y legajos latinos y lemosines, irradiando su nombre tan viva luz, que la Academia hubo de llamarle a su seno. Ahí le tenéis inválido, casi ciego ya, desahuciado desde la juventud por sus pavorosas hemoptisis, siempre enfermizo como aquellos grandes hombres que se llamaron Galeno, Newton o Voltaire; pero la nieve de los años no le resta entusiasmos, según acredita su interesantísimo discurso, modelo de investigación histórica.

Tampoco escatima méritos en el árido terreno de la práctica médica: vésele luchar en 1876 con la triquinosis de Villar del Arzobispo y servir luego varios cargos sanitarios municipales en Valencia, mereciendo la medalla creada para premio en la campaña anticolérica como jefe del servicio de desinfección y médico del lazareto de San Pablo en 1890, alabándose sus excelentes servicios en la Junta provincial de Beneficencia y en el Instituto Médico Valenciano, que conserva luminosos dictámenes por él emitidos. Pero desde que en 1895 le designa esta ilustre Corporación para redactar un discurso apologético, que versó sobre Vicente García Salat, lanzóse por el derrotero que le dió renombre, no perdonando día de trabajo hasta perder la vista hace cuatro años, cuando ya figuraba por derecho propio en esa pléyade inmensa de nuestros historiadores regionales integrada por Diago, Ortí, Paster, Orellana, Esclapés, Zurita, Escolano, Salvá, Viciana, Mayáns, Antist, Falcó, Teixidor, Perales, Llombart, Boix, Llorente, Serrano Morales, B. Chabás, Martí Grajales, Comenge, Tramoyeres, Alcahalí, entre los que fueron; o los vivientes Barberá Martí, Martínez Aloy, Vilanova Pizcueta, Sanchis Sivera y los panegiristas del Instituto Médico.

Aunque el incienso agrada hasta a los dioses, comprende que a nuestro novel compañero mortifican mis justas alabanzas sin derroches de hipérbole y muy distantes de la adulación; pero tampoco debo omitir que posee una biblioteca, copiosa para la historia, en que predominan los autores españoles, especialmente del siglo de oro, los valencianos de toda época, los clásicos griegos y latinos, la colección de los siliógrafos más antiguos publicada en Lión en 1536, la Farmacopea valentina, etc.



Los legajos de su archivo particular atesoran innumerables papeletas, notas, datos y copias de documentos, con materiales valiosos para su diccionario bio-bibliográfico de médicos y cirujanos regionales, apuntes referentes a los antiguos nosocomios del reino, otros relativos al Estudio general e instrucción pública de la ciudad en la época foral y a la historia del arte aquí, cierto manuscrito en pergamino del siglo XVII con las «Constituciones del Colegio de Cirujanos de Valencia», verdaderos tesoros, en fin, acumulados con ardoroso afán.

Así sonaron tanto sus trabajos históricos originalísimos, de primera mano, que le valieron en 1901 ser nombrado académico correspondiente de la de Buenas Letras de Barcelona, por los documentos sorprendidos en este Archivo sobre la muerte del Conde de Urgell en el Castillo de Játiva; y al constituirse en 1915 el Centro de Cultura Valenciana se le nombra Director de número. Recordérase siquiera, entre sus numerosas publicaciones, aquel otro discurso para el Instituto Médico sobre Domingo Ros de Ursins (1902), las relativas a epidemiología y topografía históricas de Valencia, esta última completamente desconocida, habiéndose dado a luz ya, a instancia de buenos amigos, el estudio de investigación sobre la Judería (1) y los artículos relativos a *la Boatella*, *Roteros* y *la Xerea* (2), resonando aún gratamente el eco de sus luminosas conferencias en varias Corporaciones sobre «Topografía preurbana de esta zona», «Los cirujanos de Valencia» y «Nuestra higiene pública en los siglos XIV, XV y XVI»; y su generosidad es tal, que a diario proporciona gustoso materiales para los empeños históricos de otros, no siendo yo quien menos le debe por ello.

Desgraciadamente, la tarbanueta no agradece semejante labor científica, desconoce las bellezas y el alcance de la historia, *magister vita*, de la que sólo rememora, si acaso, hazañas estúpidas, como la de Erasistrato incendiando el templo de Diana, una de las siete maravillas del mundo, o las de D. Pedro el Cruel persiguiendo hasta la muerte a su médico Abí-Aygal por haber curado a la reina D.<sup>ª</sup> Blanca, y los crímenes, las macabras negruras que entenebrecen el progreso humano, esa efígie invisible y ubífera del siniestro Moloch que parece presidir los destinos de la vida. Rindámosle siquiera nosotros, en tan solemnes momentos, los merecidos honores al que llega al templo con augurios de una eficaz ayuda; y para ofrendarlos yo en nombre de la Academia, me pondré a tono desde luego bosquejando también El arxaxo *ozora* desde el punto de vista de su exis-

(1) Uno de los apéndices de cierto libro del erudito canónigo Sr. Sivera.

(2) En el *Almanaque de Las Provincias* los dos primeros y en el *Diario de Valencia* el último, con motivo del Centenario de San Vicente Ferrer en 1919. A petición también de admiradores trabaja ahora la *Historia de la Cofradía de la Virgen de los Desamparados*.



tencia europea, aunque asunto tan manoseado haya de causarnos hastío; porque todos hojeásteis la rica literatura iniciada en el mundo por nuestro Gaspar Torrella en 1497 al describir la maldita enfermedad que llamaron aquí *de San Clemente* (1), siguiéndote los valencianos Alcañiz, Pedro Pintor, Almenar, Poll, Miguel Juan Pascual, Juan Calvo y otros médicos famosos que antaño formaron en la vanguardia de la especialidad y describieron las sífilides antes que Massa, Falopio, Foresto, Hunter, Astruc, Schwediaur, Cullerier, Devergie, Jourdan, Desruelles, Albert, Bielt, Cazenave y Rayer, centuplicándose tales libros desde la mitad del siglo pasado por Diday, Ricord, Virchow, Nolle, Fournier, Lancereaux, Cornil, Jullien, Mauriac, Neisser y tantísimos otros.

Nada menos que bajo 527 NOMBRES distintos, coleccionados por Haecker en 1850 y por Thierfelder luego, se ha conocido la sífilis (2), rica nomenclatura que ya admiraba a Torrella (3) y responde a los países, los Santos Patronos, las manifestaciones patológicas, etc. En un libro del Dr. Juan de la Torre (4), protomédico de Felipe V, leo que la llamaban *mal de simiente* porque comenzó por los tratos mujeriegos; pero el *morbum semendi*, epíteto casi olvidado, deriva, como anota Rodrigo de S. Mentus o S. Sementus, cuyo cuerpo se venera en Bretaña (5), sabiéndose que catalanes, aragoneses, valencianos y franceses de los Pirineos la designaban así porque habían hallado en un escrito de Francisco Ximénez la noticia de una enfermedad análoga a la del siglo XV y conocida de inmemorial con dicho nombre.

A pesar de tantos trabajos acumulados, de observaciones tantas, el origen de la lues y su aparición europea ha permanecido en la obscuridad durante muchos siglos, prestándose tal ignorancia a fábulas y supersticiones, a cébalas o hipótesis inverosímiles y teorías absurdas, porque el hombre es impaciente y el progreso asaz lento de ordinario, la noche del espíritu se difunde perezosamente por grados en las claridades de los nuevos días. Noí plantó la viña y sufrió sus efectos; 400 años antes de J. C. describió Theophrasto la cerveza; pero pocos hace relativamente que se conocen tales secretos, cuando Leuwenhoeck aplicó el microscopio en 1680, o más bien Lavoisier y Schwann en 1836; el filósofo Roberto Boyle

(1) Peset y Vidal, *Bosquejo de la Historia de la Medicina de Valencia*, 1876, página 43.

(2) Véase la curiosa lista en Iwan Bloch, *Der Ursprung der Syphilis*, Jena, 1901, t. I, p. 237.

(3) *Dialogus de Dolore in Pudenda*, t. I, p. 502, 1500.

(4) *Especulo de la philosophia y compendio de toda la medicina*, Pamplona, 1715, p. 332.

(5) Astruc, *De Morbis Veneretis*, Paris, 1740, t. I, l. 9, p. 5. — Fromman, *Bayrisches Wörterbuch*, Munich, 1872, t. I, p. 825.



profetizó el panspermismo, puesto en claro por Pasteur 200 años más tarde.

Primero se hizo mérito de la consabida «venganza o castigo de los dioses», con que se contaba siempre para explicar cómodamente las pestilencias, en parecidos tiempos a aquellos en que la humanidad se postraba ante la cólera de los 7.000 dioses de Babilonia. En esta teoría teológica, que bautizó a la sífilis con el nombre de *mal sagrado*, se cuenta que, enfurecida Baco por el olvido en que la tenían los atenienses, produjo en sus genitales una enfermedad grave; y se recuerda el viejo culto indio, semejante al de Priapo, mito en que aparece el castigo de Civa, cuyos encantos corruptos se esparcieron por el mundo para amargar el comercio de los sexos. Tampoco faltaron inculpaciones para el demonio, cuya ingerencia parece más adecuada ante las flaquezas humanas.

Asclepíades de Biringia, discípulo de Epicuro, explicaba los males secretos como su maestro por un defecto de armonía entre los átomos componentes del organismo.

Imbuídos los partidarios de la teoría astrológica por aquel *fluido simpático*, reliquia anticuada de las primitivas cosmogonias, con que el extravagante Paracelso ataba el hombre a los astros, aceptaron harto creyéramente la intensa influencia sideral, llegando en nuestros días Kelvin a creer que la vida ha podido transmitirse a la tierra por el polvo telúrico y a decir Schwanchild que a merced de la luz pueden viajar por el espacio seres diminutos, cabalgando en el rayo luminoso como infinitesimales Walkirias. Véase a dicho Paracelso refiriendo el origen de la sífilis al año 1480 por influencia de Venus o por la de Saturno según Pedro Martyr, Juan de Salicet a 1457, convencidos todos de que procedía de Oriente por dañinas conjunciones astrales y calculándose sus epidemias o recrudescencias cual los eclipses, esto es, señalando Massa, Fracastor y Torrella el mes, día, hora y hasta el minuto del zurriagazo. Grünbeck y Steber vincularon el origen para Lombardia en el año 1484 a la entrada de Marte en el signo Aries u octava mansión que era de la muerte y Heets en Octubre de 1483 en que Júpiter, Marte, el Sol y Mercurio se encontraron en Libra, mansión de la enfermedad, Gilini a 1494, conjunción de Júpiter y Marte, criterio aceptado por Mainard, Pedro Pintor y Benedictus.... ¡Quimeras, espejismos de la ignorancia, lucubraciones de una lucra fantasma!

Otra fué la teoría climática o meteórica propuesta por Leoniceo y sus adeptos ante la coincidencia de la gran epidemia del siglo XV con el desbordamiento del Tiber por las calles de Roma; llegándose a considerar la intemperie como causa de su aparición espontánea, al parecer, a un tiempo en Berlín, Halle, Lombardia, Auvernia, etc., fundándose para ello además en varios textos de Hipócrates y Galeo y recordando que el



año 1000, de grandes fríos e inundaciones, recrudesció el sospechoso mal en Francia, siendo Hugo Capeto una de sus víctimas.

Y otra fué la teoría toxicológica, atribuyendo Andrés Cesalpino a los españoles la reaparición del mal, cuando sitiados por los franceses en Somma escaparon por la noche, luego de mezclar en los toneles el rico vino del Vesubio con sangre de los enfermos del hospital de San Lázaro, sobreviniendo *una enfermedad parecida a la lepra*; Gabriel Falopio inculpó al «veneno que los pérfidos napolitanos echaban en los pezos donde bebían los guerreros franceses» o al yeso y la cal añadidos al pan; Andrés Alcázar (1) escribió que cierto caballero guerroaba en 1456 con D. Alonso I de Nápoles y por comer carne de cadáveres humanos enfermó del mal, causa aceptada luego por Fioravanti porque la vendían a los soldados hambrientos en vez de vaca o carnero, creyendo comprobar tan nocivo efecto en los animales alimentados con despojos de sus semejantes, error que mantuvo el filósofo Bacon de Verulamio.

Juan de Vigo (2) refiere que los árabes vinculaban de antiguo el origen de la sífilis en la dermatosis pustulosa que llamaron *asaphoti*.

Más resonancia tuvieron para explicarla los actus contra natura, la poderastia y sobre todo la bestialidad, viejas aberraciones citadas ya en el Levítico (c. XVIII) y en el Éxodo (c. XXII), que menciona Van Helmont en el siglo XV al vincular aquella epidemia en la cópula de un hombre durante el sitio de Nápoles con una pollina llena de lamparones, y lo confirman Daumas, Vital, Viardot, Merche. La contagiosa y exótica afección genital de los solípedos llamada *durina*, *mal del coito* y *sífilis de los caballos*, observada la vez primera en Prusia el año 1796 por el veterinario Ammon y debida al protozoario *trypanosoma equiperdum*, cuyos períodos de inflamación ulcerosa con hiperemia vaginal, de placas cutáneas y de parálisis al fin se compararon por Laquerrière en 1888 con los tres de la sífilis humana, es en opinión de los árabes argelinos y de otros pueblos africanos la vera causa de la dolencia, según pregonaba años ha el *Journal d'Hygiène* de París; durina transmisible también por los insectos, almacenas ambulantes que transportan millonadas de gérmenes morbígenos según se sabe de antiguo, pues en la *Crónica* de Alfonso el Sabio figuran las moscas como vehículos de contagios en el sitio de Niebla, hecho demostrado muy tarde por Reimbert (1869) y Nicholas (1878). Otros animales padecen enfermedades análogas: Linder atribuyó la sífilis de los americanos a nefandos contubernios con mones; C. Leva-

(1) *De morbo Gallico*, lib. 5.

(2) *Libro o pública en Cirugía del muy famoso y experto Doctor Juan de Vigo*, trad. del latín por el Dr. Miguel Juan Pascual, 1548.



diti (1) halla cierta espirilosis espontánea en el conejo y experimentalmente se inoculan de sífilis los perros, ratas blancas, etc., conforme advertía W. Kolle, sucesor del malogrado Ehrlich, en su conferencia de Barcelona sobre los «Problemas de la quimioterapia moderna (2)». Nuestro muy reputado compañero D. José Orensanz (3), ilustre Inspector provincial de Higiene pecuaria de Valencia, publicó notables artículos con motivo de aparecer la durina en los distritos de Sueca, Chiva, Onteniente y más tarde en Valencia mismo, con grave riesgo de nuestra ganadería, y prosigue sus interesantes trabajos clínicos y de laboratorio.

Infinidad de sífilógrafos se inclinó a suponer como genuino origen de la sífilis la degeneración de la lepra o una de sus formas, concepto que no merece los honores de la refutación (4) y ha sido juzgado definitivamente por la microbiología, asignando a una la divisa de bacilosis y a otra la de espirilosis. Sin embargo, ¿cómo pudieron aceptar tantos sabios semejante metamorfosis? Es notorio que con el progreso humano y el cambio secular de las costumbres tienden a desaparecer ciertas enfermedades, otras modifican su síndrome clásico conforme al genio epidémico o constitución reinante y algunas especies morbosas aparecen nuevas; aceptándose por muchos que la sífilis se enseñoreó de Roma bajo el repugnante disfraz de *elefancia* unos 106 años antes de la E. C., la propia reacción de Wassermann señala íntimas concomitancias químicas entre la sífilis y la lepra, y no sorprende que en épocas evocadoras de la transmutación de los metales se pensase en ese viraje patológico admitido por uno de los más antiguos sífilógrafos, Aquitano, y aceptado por el moderno historiador Renouard (5), aunque las razones aducidas sobre dicha parentesco no resisten la crítica. Las aventuras de la Tierra Santa hicieron que los cruzados trajesen el amargo fruto de la podredumbre oriental, contribuyendo poderosamente a la propagación de la supuesta lepra por Europa o de su creída secuela la lues, especies morbosas inconfundibles, siquiera por la contagiosidad guasona de aquella y la violenta o decisiva de ésta. La *Epidemiología* de Villalba relata que la primera mujer afectada de gálico en España fué una famosa meretriz valenciana que por 50 escudos otorgó sus favores a cierto caballero francés leproso y contagió luego a otros, historieta ridícula que repiten Monardes y Manard, refiriéndola Paracelso y Mathiolo a Italia. ¡Calumnia vil para la querida urbe que mereció de

(1) El bismuto en la sífilis, *Presse Médicale de Paris*, 26 Julio 1922.

(2) En la revista *Laboratorio*, núm. de Julio 1922.

(3) *Diario Las Provincias*, 9, 14 y 21 Obre. 1921, y 7 Enero y 29 Junio 1922.

(4) Pesot y Vidal, *Lepra de la provincia de Valencia*, 1877, p. 8.

(5) *Historia de la Medicina*, trad. de Villanueva, Salamanca, 1871, págs. 459 y 461.



Gil Polo su inspirado «Canto del Turia», para este «Llir entre cards» del divino Ausias March, para «La llauradora amb aspecte de regina» de Llorente, idealizada por Blasco Ibáñez, engrandecida por el arte de Sorolla y Benlliure y la ciencia de tantos sabios! Agréguese que la sintomatología de la sífilis es muy parecida a la que describen el Levítico (1), Hipócrates, Aretéo, Galeno, Celso y los árabes acerca de la lepra antigua; pero la muy discutible contagiosidad de este morbo, entre otros particulares, se aviene mal con tales confusiones, ni siquiera licitas ante terciarismos malignos con mutilaciones, leontiasis y paguidermia. Cuando en el invierno de 1876 fui admitido como discípulo del célebre dermatólogo Dr. Olavide en el Hospital de San Juan de Dios, de Madrid—fundado por el P. Antón Martín (2) en tiempo de Carlos V y Julio III—le oí decir que nunca pudieron confundirse ambas enfermedades. El malogrado Dr. Benito Hernández (3), Catedrático de Terapéutica en Madrid, escribió también que como la sífilis se complica con la lepra, creyóse degeneración de ésta, pero en ninguna de sus numerosas observaciones hubo un sífilítico. En fin, la escasa experiencia adquirida en la Clínica terapéutica de esta Facultad de Medicina, con la valiosa ayuda del Dr. Moliner, parece corroborarlo: ensayos realizados el pasado curso con los ésteres del chaulmoogra, que prepara concienzudamente el médico y farmacéutico Dr. Gimeno Noguera en el Instituto provincial de Higiene de Valencia para combatir la bacilosis ácido-resistente, nada demostraron en algún caso sospechado de fímico que resultó lúético, cuando es notorio que los leprosos mejoran notablemente con semejante tratamiento. Por cierto, que el citado Dr. Iwan Bloch (4) supone que el mal de simiento, *malum mortuum ignis sacer*, era una forma de lepra anestésica, juzgando verosímil que el antiguo *morbus sementi* sea distinto del citado en la famosa carta de Oviedo a Carlos V; pero en la sífilis secundaria o septicémica suelen haber anestias (Poumier).

Nadie ignora que el verdadero origen de la sífilis es la vergonzosa lubricidad señalada ya por Herodoto, el padre de la historia, quien llamó *enfermedad femenina* a la sufrida por los escitas que saquearon el templo de Venus en Siria, aunque tal como la describe Hipócrates parece más

(1) Cap. XIII, v. 2; cap. XV, v. 2, 3, 4, trad. de Lo Malsuro.

(2) Fr. Juan Santos, *Cronología hospitalaria y resumen historial de la sagrada religión del glorioso patriarca San Juan de Dios*, Madrid, 1715, t. 1, capítulo LXIX, p. 308.

(3) *De la lepra en Granada*, 1881, p. 328.

(4) *Loc. cit.*, p. 89.—Sprongel su Th. Bateman, *Prakt. Darstellung der Hautkrankheiten*, Halle, 1816, p. 442.—*Codex latinus Monacensis*, núm. 963, folio 258.

bien el venéreo del antiguo Egipto que consta en el Génesis (c. XII, v. 1) o la sexta plaga de Israel (Exodo, c. IX, v. 10 y 11) que atajó Moisés trazando con caracteres de sangre en las tablas de la ley una dura penalidad contra los fornicadores. Semejante etiología fue pábulo para los satíricos Juvenal y Marcial, y mucho más tarde pudo averiguarse mejor que no sólo son gonococias lo que propagaban aquellas cortesanas infectas que se brindaron a la Armada italiana en el ocaso del siglo XV y que los contagios eran multiformes, por vasos y utensilios, nodrizas y operadores, según indicaron los médicos valencianos contemporáneos — ¡quién sabe cómo pudo infectarse el primero que la padeció en el mundo! —, por lo que tan sutil veneno castiga a justos y pecadores y tiende a la *muerte crónica* de la raza humana, porque sólo se rompiere la presencia del espíritu pálido descubierto por Schaudinn en 1905. ¡Extraña aventura! ¡Feliz sorpresa! Contaba un estimado colega de Berlín, que en una Comisión nombrada para investigar la etiología sífilítica formaban parte Schaudinn como protozoólogo y Neufeld como bacteriólogo; al primero, acaso poco versado en bacteriología, le llamaron la atención los espirilos a que tal vez no hubiera concedido interés un bacteriólogo por la gran frecuencia con que se encuentran en los diversos medios, según había ocurrido a Bordet y Gengou. Este fué su único acierto, pues resultó falsa su pretensión de que se escinden longitudinalmente para sostener que son protozoos.

Solapada microbio que circuló de incógnito, escondido preferentemente en el dulce regazo de la mujer, sospechado desde que se acepta con Kircher y Linneo el influjo de los gérmenes vivos en las enfermedades y perseguido ya de cerca cuando la casualidad, a menudo madre de la ciencia, puso en 1857 a Pasteur en Lille ante la furiosa orgía de una gota de flegma, arca de Noé en miniatura que muy pronto le entregaba el fermento vivo de la alcoholización (1). Nunca pudieron sospechar en los tiempos remotos que produjese tantos estragos un hongo liliputiense, tanulsimo, casi invisible por su escasa refringencia, como receloso de caer en rehenes — ¡justo costó el sorprenderlo! — rizado en apretadas espiras, movable entre arrecifes de leucocitos, homatiles, epitelios y gérmenes satélites colaboradores, de esa canalla de Pandora con que la pródiga naturaleza nos atormenta: cultivado trabajosamente por Lëariaux y Geets (1906), por Noguchi en el Instituto Rockefeller de Nueva York (1911), inoculado a viva fuerza en los monos por Hetsch y en otros animales por Klebs (1879), Martineau y Hamonic (1898) para complacer al postulado de Koch y que al fin sorprende Noguchi y comprueba este año Y. Manocelain en la corteza gris

(1) V. Feset, *Elogio de Luis Pasteur* ante el Instituto Médico Valenciano, 1898, p. 13.



de los paráliticos-generales, confirmandose su naturaleza parasifilítica, según comunicó a la Academia de Ciencias de París.

Quedó, pues, desvanecido para siempre el misterio, conocida la verdadera causa; pero, aceptando como axiomático que el maldadado germen existe sobre el haz de la tierra desde que el misero planeta soporta seres vivos, ¿cómo regó el fatal microbio con su específico virus el viejo Continente? Dos opiniones se disputan aún tal conocimiento, como es sabido: la sífilis fué importada de América por Colón, dicen unos; ha sido eterno azote de la humanidad en todos los pueblos, sostienen otros. Decía Voltaire a este propósito, que la sífilis es como las bellas artes, se ignora quién ha sido el inventor; y Ricord formula en sus *Cartas* estas dos célebres preguntas que considera «insolubles para el porvenir»: ¿dónde empezó la sífilis? ¿por quién ha empezado?

Por lo respectivo a la primera tesis, la fatal coincidencia de presentarse en Italia una terrible epidemia de gálico hacia 1496 en que regresó el gran navegante o de adquirir entonces nuevas formas, despertó indudablemente la atención de técnicos y profanos e hizo que se creyese importado el virus en las maletas de los audaces viajeros y dícese que el doctor Ruiz Díaz de Isla, médico de Juan III de Portugal, describió la primera epidemia de Barcelona—la primera también descrita en Europa (1)—el año mismo en que los compañeros de Colón llegaron de su primer viaje (4 Marzo 1493) y fueron a Cataluña; pero este episodio aparece muy oscuro, según trabajos de mi malogrado condiscípulo Comenge, pues no dejó rastros en aquel archivo municipal y hasta pone en duda dicha *tournee* de Colón. Hernández de Oviedo supuso idéntico origen americano en su *Historia de las Indias* (1545), señalando focos del contagio en las Antillas, Perú, Nicaragua, Florida y el antiquísimo de Méjico, donde aconteció la apoteosis de Manahath transformado en sol al arrojarse sífilítico a las llamas, pero la cree trada al regreso de la segunda expedición, en 1495, contagiándose aquellos soldados descalzos y hambrientos del Gran Capitán que combatieron a los franceses en Nápoles. Y así muchos, fundados en que la sífilis era endémica en Haití, como Bartolomé de las Casas, Fr. Bernardino de Sahagún (2), López de Gomara, Monardes, Luis Vives que la llamó *sarna indiana* (*scabies indica*), Astruc, formando legión los partidarios, profanos muchos, y todavía se publican en la actualidad hermosos libros en defensa de la idea, como los de Bloch (3).

(1) *Tratado contra el mal serpensino*, Sevilla, 1539, fol. III, col. 1.

(2) *Historia general de las cosas de Nueva España*, t. X, c. XXVIII, p. 5.

(3) *Das erste Auftreten der Syphilis in der europäischen Kulturwelt*, Jena, 1901.—*Der Ursprung der Syphilis*, Jena, 1904 y 1911.

También veían por el origen moderno: Cristóbal Girtanner, *Abhandlung*

En cambio, Gruner y el portugués Sluchex fueron los primeros en combatir semejante importación y refieren la plaga al tiempo de la expulsión de los laboriosos moriscos y judíos, episodio precolumbiano que hirió gravemente a España. En efecto, parece demostrado, aun omitiendo los demostrativos documentos de Rodrigo, que no se importó la sífilis en el primer viaje, pues la tempestad hizo que Colón desembarcase en Lisboa, de allí fué al Puerto de Palas en Marzo de 1493, de allí por tierra a Barcelona acaso, con 91 hombres, según se dice, donde permaneció algunos días con los Reyes Católicos, regresando a Cádiz para preparar su segunda expedición; y en vez de aparecer en dicho año que dijo también Ulrich, la enfermedad no se conoció hasta después de muchos años en los pueblos que pisó, mientras que en aquel momento histórico de su llegada aparecen con igual violencia numerosísimos casos en Italia, Francia, España, Alemania, Inglaterra y otros países que la sufrieron ya en 1483 (1); el mismo Astruc se ve perplejo para explicar cómo en un año y por unos pocos individuos que pudieron volver de Cuba inficionados, se contaminó toda la Europa, siendo la nobleza más infectada, cuando la Duquesa de Pormout no era dama de un marinero, ni la Pompadour prodigaba sus favores a un lacayo, ni los Infantes de Francia y Alemania olvidaron su alcurnia por las vivanderas.... La enfermedad *apareció* más bien, es decir, llamó extraordinariamente la atención a la llegada de Carlos VIII a Nápoles en Febrero de 1495 en que los franceses se apoderaron de la ciudad, según G. Torrella, y lo acredita cierto Decreto del Parlamento de París de 14 de Marzo de 1496, citado por Benouard. ¡Qué más! Fundados Ricord y Beau en el modo de transmisión de los accidentes en aquella epidemia, su gravedad y el predominio de la infección constitucional sobre los fenómenos locales que faltaban o se inadvertían y en el error de Lafosse que supuso aparecido el mismo por vez primera entonces en Nápoles, cuando su conocimiento se remonta a Apeyrtos, veterinario en el ejército de Constantina, y a Vegéto en el siglo IV, manifestaron sus dudas acerca de si la famosa ola sífilítica fué más bien de lamparones.

*über die Venereische Krankheit*, Göttingen, 1788, t. I, p. 8.—A. Geigel, *Geschichte, Pathologie und Therapie der Syphilis*, Würzburg, 1867.—R. Finckelstein, *Zur Geschichte der Syphilis*, Breslau, 1870, p. 32. Th. Meisheimer, *Die Syphilis und ihre Heilmittel vom Jahre 1492 bis zur Mitte des 16. Jahrhunderts*, Tesis de Doctorado, Bonn, 1892.—C. Blas, *Die Einschleppung der Syphilis in Europa, in Deutsche medizinische Wochenschrift*, 1893, p. 1357.—J. K. Prokech, *Geschichte der venereischen Krankheiten*, Bonn, 1895, t. II, p. 396.—E. Seler, *Ueber der Ursprung der Syphilis, in Verhandlungen der Berliner Gesellschaft für Anthropologie*, 1896, p. 419.

(1) P. Dufour, *Historia de la prostitución en todos los pueblos del mundo*, traducción de Barcelona, 1875, t. II, p. 328.



Como quiera que fuese, es más lógico suponer que existiendo focos en distintas regiones del mundo, aceptados universalmente desde antiguo, en Africa, Java, Molucas, China, siendo uno de los primitivos la India, cuna de la humanidad en constante tráfico con Europa y de la cual se ha dicho que «una india no sifilítica sería un fenómeno (1)», ¿para qué esperar a que el parásito hallase tardío e incómodo alojamiento en la flota española? Klein asegura que en Malabar se conoce más de mil años; citase en el *Susrata* del 400 y en el *Dai-dô-rni-pa-hô*, célebre libro del extremo Oriente; y hasta se ha dicho que de Etiopia vino a España, opinión que sustentaba también el inmortal Sydenham. *Lo naturale e sempre senza errore*, que decía el Dante (2). Cuando Colón volvía al Nuevo Mundo albergaba en sus carabelas 200 apestados y podría sostenerse, dice Dufour, que Europa es la que infectó a las Antillas, clima oportuno para la sucia siembra.

¡Triste sino el de los españoles, cuyos laureles marchitó a menudo la fatalidad; sus glorias se regatean hasta por propios hijos, pues nunca faltó algún P. Las Casas denunciador intempestivo de crueldades que difamaban a la patria o algún Oviedo pregonero de naturales contagios en los momentos más solemnes de la historia, hombres que con buena intención sin duda motivaron inconscientemente la leyenda negra de España, eclipsando un tanto sus glorias con mal disimulado regocijo de los Montaigne, Voltaire, Montesquien, Diderot o Adam Smith!

Que la sífilis existe en Europa desde remota antigüedad es antítesis mantenida por esas lumbres que se llamaron Bell, Cazenave, Rainaud, Hensler, Hecker, Rosenbaum, Jourdan, Littré, Daremberg, Follin, Lancereaux, Ricord, Broca, Virchow, Rosenthal, Jullien y Zambaco-Fuchá. No me atrevo a comentar aquel juego de palabras «civilización y sífilización» atribuido a Kraft Ebing, pero empleado ya antes por Jorge Keben en su libro (3). Natural parece que la asquerosa enfermedad haya sido *urbis et orbe* raíz secuela del enlace sexual; y aunque no vinculemos en Valencia, como se hizo, la triste fama de haberla introducido en el Continente, siquiera sea nuestra hermosa ciudad campo abonado para todas las infecciones, hoy más que nunca por sucia, es positivo que el amigo Slocker, nuestro jubilado compañero, pudo escribir que «en el hospital de San Juan de Dios de Madrid, en la clínica de D. Eusebio Castelo, no había visto en cuatro años un número tan relativamente crecido de sífil-

(1) Dr. Juan Páges, *Tratado sobre las nuevas preparaciones del oro o nuevo método para combatir las enfermedades sifilíticas*, Madrid, 1820, p. 14.

(2) Verso 21 del Canto 17 del «Purgatorio».

(3) *Prostitution und ihre Beziehungen zur modernen realistischen Literatur*, Zurich, 1892, p. 81.



ticos como en Valencia (1)». Cúlpele en justicia a la sociedad entera, a ese eterno femenino que dijo Castelar, porque hipócrita o descaradamente la humanidad pecó siempre de lujuria, revolcándose en el inmundo fango, ahogándose entre vapores de cieno. Hércules fué lascivo; cuentan que Salomón tuvo mil concubinas y era sifilitico como el rey David; libertinos fueron los emperadores romanos, y dícese que 167 años antes de J. C. se importó la hediondez asiática por el procónsul Cneo Manlio, vencedor de Antiocho el Grande de Siria, con sus legiones de mujeres infectas, de *meretrices et prostibulae, alicariae, pileae, carosita, pullece*, etc.; que con flujos impuros invocaban a Juna solicitantes del *aster o babonium*, su planta milagrosa, dando idea de aquel libertinaje, de corrupción tanta, la fábula de Petronio consagrada al tiempo de Nerón, y pareciendo increíble que tales cortesanas inspirasen a Ovidio el *Arte de amar*. En la historia de todas las naciones merudean hasta los acontecimientos políticos por himeneo, porque «el amor, decía Cervantes en su inmortal *Quijote*, a unos entibia y a otros abrasa, a unos hiere y a otros mata, no hay fuerza que le resista, tiene la misma condición que la muerte, que así acomete los altos alcázares de los reyes, como las húmedas chozas de los pastores, y cuando toma entera posesión de una alma, lo primero que hace es quitarle el temor y la vergüenza». Requiérense una ética ideal y una voluntad de hierro para resistir las pupilas claras de las mexicas, que parecen escapadas de los libros de Pereda, como las pupilas moras de las alpujarreñas, que hacen pensar en las heroínas de Alarcón; esos ojos lascivos y brillantes por los retoques con el *bohl* (adrenalina al diezmilésimo), las insinuantes sonrisas maliciosas, las taaletas escandalizadoras de la moral y de la higiene y regocijantes de la Parca, compuestas de trozos de encajes y pedazos de cintas, con brazos y piernas al aire y descotes que son casi el desnudo del busto, poco menos de como andaba Eva en el Paraíso.... ¡el reinado de la pornografía! ¡qué mucho si subsiste y hasta crece el histórico *mal de las ardientes* o de *San Antonio* u otros Santos compasivos que motivó de Urbano II la Orden de los Hospitalarios!

Ahora como antes, la hampa femenina en el mefitismo ciudadano constituye un ejército poderoso; disminuyen las Gracias huyentes de los centauros y aumentan las doncellas que arrojan el pudor y las matronas que rinden odioso culto a la diosa Esterilidad, incluso al precio de arriesgada castración. En Barcelona, por ejemplo, anexa a la fabulosa masa de carne manida e infecta existen más de 600 casas de citación, 30 centros de alta prostitución de niñas menores de edad, a los que concurre un millar de adolescentes víctimas, con seis núcleos de contratación de mujeres para los harenes de Constantinopla, Cairo, Calcuta, Bombay, Suez y

(1) *Leciones sobre dermatología y sifilografía*, Valencia, 1890, p. 419.



lenocinios de América y N. de Marruecos, habiéndose exportado en cinco años unas 3.000 «filles d'amour», cuya mitad, por lo menos, eran completamente impúberes (1). En 1908 ingresó en el hospital el 25 por 100 de la guarnición, cifra espantosa en aumento; el erotismo subyuga a todos los pueblos como en la Roma decadente, no se necesita que Lesbos enseñe las torpezas del amor sáfico o que Frigia importe afeminados e invertidos; los semanarios «drolóticos» se venden por millares, como las estampas, los cinematógrafos se han convertido en lugares de citas galantes, sólo se admiran las procacidades del Kursaal o Music-Hall, Afrodita arrebató el pompón a Mercurio, se gasta y abusa de la médula, mientras que el cerebro duerme embrutecido, cerrado a toda espiritualidad y á toda ética por esos mismos quizá que ponen infames hojas de parra a las estatuas clásicas de los Museos por horror al desnudo, pues un *snob* no distingue el momento en que la belleza se torna crápula, esos que aplauden a las tabilleras precozmente pervertidas que en hoteles aristocráticos a la hora del té bailan de manera que no osarían en los merenderos. Las ramera van en coche y los artistas y agricultores emigran; cinco minutos de bestial delcete se pagaron siempre mejor que el producto de 50 años de estudio.

Así sobrevino indudablemente y se mantiene en Europa la lues, dada la difícil higiene de los lupanares, siendo más temible la prostitución clandestina, cuyos contagios se calculan en más del doble y sólo en París, verbigracia, dícese que hay una mujer inscrita de cada seis fáciles. De nada sirvieron las durísimas leyes de Moisés al pueblo hebreo, las de Licurgo y Solón, ni los consejos de Hipócrates a los griegos o de Galeno y Celso a los romanos, ni la cruel prohibición del tiempo de los visigodos, debida a Recesvinto (2), ni los reglamentos de policía de Londres (1162) y de Venecia (1302), de Juan I de las Dos Sicilias (1347), ni las leyes más tolerantes del Fuero Real y las Partidas o de los Fofipes II al IV y menos la expulsión propagadora decretada por Luis XII (3), siendo inútiles también los consejos de otros varones insignes como Lord Palmerston en 1858 o mi respetable amigo y mentor, el malogrado Dr. Méndez Alvaro (4). Ese ritmo sinusoidal del progreso hizo que se vaya en un vuelo de París a Nueva York, que nos entendamos sin alambres con los antipodas e intentemos entrevistar a Marte, pero no se encuentra aún el hilo de Ariadna que conduzca a la meta en el laberinto de nuestras lacras sociales.

(1) Pio Brezón, *Gioco* (en *El Liberal* de Madrid, número correspondiente al 30 de Diciembre de 1913).

(2) Ley 17, tit. V, lib. III del Fuero Juzgo.

(3) Paret y Vidal, *Código sanitario español* (manuscrito inédito de 1874).

(4) *Siglo Médico* de Madrid, 1878, t. 28, p. 759.



Por algo Pedro II hubo de suprimir aquí el oficio del Rey Arbet, inspector de mancebías (*bordells*); juzgaron incurable esta gangrena social diversos Santos y por medio de leyes tuvieron que autorizarla en la Roma pagana los emperadores y en la Roma cristiana las Papas, en la Provenza la reina Juana I de Nápoles y en España hasta el emperador Carlos I y su madre (1). Lamentabilísimo es por ende que no hayan tenido éxito los sueros y vacunas profilácticas intentadas por Richet y Hericourt, Jacowlew, Jullien, Pellicari, Cippolino y Rizzo, por Metchnikoff y Raux, infundiendo quizá esperanzas el suero de Quéry (2) y tal vez el 190 en manos de Levaditi y sus colegas (3) o la pomada de Metchnikoff. Cabe el tratamiento abortivo de que hablaba el Dr. Larriga en el Congreso de Oporto.

Es obvio que las fechorías del gonococo se conocieron de antiguo; la blenorragia abundaba entre los judíos, como indica claramente el Levítico, y en los históricos pueblos civilizados, japoneses e indios inclusive, aunque sus cronistas apenas si mentaron el chancro blando. En cambio, de la sífilis casi no se vislumbran destellos en la Europa precolumbiana y hasta su nombre actual fué dado por el médico-poeta del siglo XVI Gerónimo Fracastor para la fábula en que el pastor *Syllis* resulta primera víctima por haber ofendido a los dioses. Desde luego, explicase tal silencio por un resto de pudor que inducía a las ocultaciones y por ello según Celso no podían las enfermedades secretas del pueblo romano observarse y ser tratadas como las otras, de ahí que apareciesen más graves, los propios médicos las callaban como cosa de vergüenza o por motivos religiosos, pues no querían acusar a los dioses que concedieron el beneficio del amor de haber mezclado un veneno eterno con la eterna ambrosia, rehulan dice Torrella, el tratarlos y los abandonaban a sí mismos, agrega Ulrich, cubriéndolos acaso bajo un velo decente y de ahí el período oscuro para la ciencia, el mutismo de sus libros; las víctimas se amparaban de las ciencias ocultas de sacerdotes y magos. Los romanos erigieron un templo a la Fiebre, otro a la Tos, pero hubieran creído ofender a Venus, su divina ascendiente, consagrando un culto a enfermedades que deshonraban a la diosa y ni siquiera querían que tal morno tuviese nombre en los anales de la medicina y de la república. Parecida conducta insana observaban todas las naciones.

No pararon mientes en que el chancro fuese duro o blando, quizá se desconocía aquél, pues aun hoy suele pasar inadvertido el fugaz herpetifer-

(1) Peset y Vidal, *Topografía médica de Valencia y su zona*, 1878, p. 473.

(2) *Soc. de Ric.*, ses. de 21 Octubre 1907, t. LXIII, p. 722.—*Soc. de Pat. comp.*, de París, 14 Marzo 1916 y 17 Mayo 1920.

(3) Fournier, Schwartz, etc.; sal sódica del derivado acético del ácido oxiaminofenilarsínico.



me del glande y pequeños labios, el intrauretral o del hocico de tenca, — aunque Kurt Sprengel dice en su *Historia de la Medicina*, refiriéndose a Leónides de Alejandría, coetáneo de Galeno: «los bordes callosos que indica en las úlceras revelan evidentemente su naturaleza», — confundiéronse todas las afecciones venéreas hasta Astruc, Schwediaur y Hunter, y Poilin escribía en 1801 que a los médicos de su época escapaba a menudo la relación entre los accidentes generales y locales; no extrañándose esa ignorancia de los antiguos, porque durante mis estudios en la década del setenta andaba asaz turbio el asunto y a pesar del distinguido hecho por Hernández en 1812, que ratificó Ricord más tarde, enardecían aún las cálidas discusiones entre unicistas y dualistas en venereología, según consta en las *Historias clínicas* publicadas por los alumnos (1). En las maldiciones de las Sagradas Escrituras contra los quebrantadores de la ley se transparentan claras las dolencias gálicas, sin que falte más que el nombre; y así como toda epidemia, de tifus inclusive, se distinguía antes con el calificativo genérico de peste, así englobaron sin otras preocupaciones ni atender a minucias todos los afectos venéreos, confundidos como *morbus indecens* y cualquier dermatosis más o menos maligna se llamaba lepra desde el tiempo de Hipócrates, procediese de Egipto o de Judea, de Siria o de Fenicia, que por comercio impuro daba prontamente una afección local, pero más tarde «hasta los huesos se llenan de tumores, decía Celso, la piel de manchas rojas (2)», síntomas de aquella efantiasis que coinciden con los asignados 15 siglos después a la sífilis y con las análogas descripciones de Hipócrates en su libro *De morbis*, confiésole el propio Astruc, «quien tiene que dar tortura a las citas para sostener su opinión (3)», la gran novela que dijo Ricord; refrendándose aquellas descripciones con los relatos de Celso, Dioscórides, Escrivonio, Sesto Plácido, Lucio, Apuleyo, Orivasia, Marcelo Empírico, etc., relativas a casi todas las formas de sífilis que hoy se conocen, su diagnóstico, pronóstico y tratamiento, o en los libros de los árabes y arabistas de la E. M., Messue, Avicena, Avenzoar, Albucasis, Arnaldo de Vilanova, que junto con lesiones locales describen otros accidentes generales (*aliquando alterat totum corpus*), lo que aparece de manera más explícita en cierto manuscrito del siglo IX citado por Daremberg, en obras de Suficeto del XIII, de Fracastor, Leonicoero, Gerard, Lanfranc, nuestro bachiller Fernán-Gómez de Ciudad Real, el divino Vallés y en las de los valencianos Pintor, Almenar y Torrella o en el poema de Villalobos, ya que hasta Pernel resulta confuso al decir

(1) Curso de 1872-73, p. 54 y otras; curso de 1873-74, p. 10; curso de 1874-75, páginas 47.

(2) Dufour, *loc. cit.*, t. I, p. 328.

(3) Dr. Juan Pages, *loc. cit.*, p. 8.



que «salen en las partes bajas, y deshonestas, postillas, llagas malignas, materias por el caño, y encordios. . . .», apareciendo más práctico Alcázar en su *Morbo Gallico*, quien por cierto advierte que «abrir un incordio antes que se madure perfectamente y tenerlo abierto mucho tiempo preserva del mal francés»,—¡fué a su modo precursor de las abscesos de fijación!—Como las descripciones postcolumbianas coinciden, según digo, con las antiguas de lepra, con la *peste inguinal* del siglo VI o el *mal de los ardientes* del IX, no debe extrañarnos que aquellos sabios hablasen de la aparición de la enfermedad por cópula con lazarinos, ni que ignorasen las variantes de los contagios infectos, como acredita la mujer que niega inocentemente su cuerpo al esposo diciendo que padece mal de simiente, según relata Rodrigo, sin que aquél montase en cólera no siendo culpable.

A través de tantas opacidades históricas se trasluce suficientemente la existencia europea de la sífilis en los tiempos antiguos, no pareciendo probable que la primera explosión valenciana fuese en 1489 que indica el dietario de Mir, ni que castigase a Londres hasta 1430, como aseguran las *Transacciones filosóficas* (t. XXX), ni sorprende siquiera que existiese ya entre nosotros en el siglo XIII, como dijo Littré en la *Gazette médicale* de 1846. A los testimonios señalados de autores antiguos, pueden agregarse otros más o menos decisivos. Efectivamente, las hebreas, cuyo seductor retrato hallamos en el *Contar de los cantares*, sufrían, al decir de Moisés, enfermedades secretas que ciertos arqueólogos de la Medicina compararon con la sífilis. Becuértese como Suetonio refiere las manchas y callosidades que cubrían el cuerpo de Augusto; la pintura que hizo Tácito de Tiberio, calvo y con el rostro lleno de úlceras; la triste historia de la enfermedad de Eron hecha por Paladio; o las manifiestas señales de la incontinenia que aparecían en la comitiva de Cleopatra. Si ello no convence bastante, léase en Plinio (1) cómo la enfermedad, que llamó *mentagra*, abundaba en Italia al principio del imperio de Tiberio Claudio, importada de Asia por un caballero romano llamado Persinus; aunque Fuchs, Hensinger, Marchand, Haeser, Hirsch, opinan que se trataba de un líquen o herpes tonsurante con carácter epidémico, como la *asaphati* y las epidemias francesas de la E. M. (mal de Santa Eufemia, pian, la facaldina, el sibbens de Escocia, etc.); pero precisamente constitúyese el líquen una de tantas hechuras sífilíticas (sífilides miliares o líquenoides). Si aún parece poco convincente el corolario, tráigase a colación el *oscedo* o absceso maligno de la boca descrito por Marcelo Empírico en el siglo IV, *campanus morbus* por alusión a Cápua, reina de la lujuria que dijo

(1) *Historia natural*, l. XXVII, c. 1.



Cicerón, cuyos asquerosos pobladores de la Campania llevaban en el rostro el estigma que relata Horacio en su viaje a Brindis respecto de cierto mancebo de Octavio (*campanum in morbum, in faciem per multa jocatus*) y confirma Plauto en su *Trinummus, mal de campaña* proveniente de lo que los moralistas llaman *brumación*, pues ninguna parte tan expuesta como la boca prostituida; el *mal de higos* (sífilides papulosas hipertróficas), aspecto reservada para los miserables que usurpaban las funciones del otro sexo, usando el lenguaje del Apóstol; hasta la *rabigo*, dice un comentador de las Geórgicas de Virgilio, tenía idéntico significado (Varren). Mejor señalada parece la sífilis en la Europa antigua por el *Tratado de Medicina* de Celso (lib. 6.<sup>o</sup>), pues afirma que «*las úlceras son secas o húmedas.... a veces tan corroido el miembro que suele caer el glande.... el fagedénico se apodera....*» esfacelo y fagedenismo más propios de la sífilis porque traducen miseria fisiológica; o en el manuscrito de la E. M. hallado por Littré, en que se describen accidentes secundarios tras de coitos dañinos.

Pudo contribuir también a mantener tales brumas la circunstancia de variar la virulencia sífilítica en ciertas épocas, según reconoció Trousseau en la suya y sucede con la difteria, la gripe, etc., ofreciendo sólo accidentes primarios unas veces, decía Jullien, manifestándose otras como constitucional sin huella primitiva, advirtió Grisolle (*sífilis decapitada* de Fournier), aunque ello sea raro para Hunter y Ricord, desapareciendo por algún tiempo o tomando grandes bríos en ocasiones, como en las postimerías del siglo XV en que mataba fulminantemente, lo que es dudoso, alternativas apreciadas en el año 546 según el *Glosario* de Ducange, en 954 según la *Crónica* de Flodoard, en 994, 1043, 1130 durante el reinado de Luis VI, etc. A partir de 1514 modifica su cuadro (J. de Vigo, Manardj) comparado con la heratomba de Nápoles, hácese más leve aún hacia 1540 y todavía más después, según Pracastor. La Torre decía en 1715 que «una cosa es su origen antiguo y otra que se creyese nuevo en sus muchas avenidas, como se tiene comunmente como enfermedad nueva el tabardillo, no embargante los muchos testimonios que hay de ser conocido de los antiguos». Agréguese que también debieron desorientarse aquellos médicos ante el polimerismo de la sífilis—en mis estudios se citaban siete formas de sífilides, cuya pustulosa fué la del siglo XV según Alibert—y su marcha larvada en ocasiones que aún hoy pone a menudo perplejos y solicita diario auxilio de la reacción de Wassermann; hasta la típica roseola despista con sus caprichos. El citado protomédico de Felipe V escribió que «es enfermedad muy fecunda y preñada, va siempre produciendo muchas, y muy crueles hijos....»; y Próspero Ivarén (1)

(1) *De las metamorfosis de la sífilis*, Madrid, 1860, informe previo.



agrega que «sus disfraces casi igualan al número de especies morbosas de nuestros cuadros nosológicos». Según Sauvages, el virus puede producir una serie infinita de estados púcticos, incluso febriles (tifosis sífilítica de Landouzy); para Hufeland no existe enfermedad crónica cuyas apariencias dejar de presentarse en el mal venéreo, concepto proteiforme que sostuvieron ya Almenar y Torrella—y ahora aceptan, incluso para el germen, Query y Splengner—, hidra de cien cabezas que ataca a todos los órganos más o menos solapadamente, provocando dispepsias, hepatopatías, nefropatías, iritis, estragos parasifilíticos (sífilis cuaternaria de Lesser y Gancher), esplenomegalia, hasta la tisis de índole venérea que Merton creyó muy común. Y para sorprender la íntima baba en las profundidades del organismo no contaron nuestros mayores con los procedimientos diagnósticos actuales, la biopsia histo-microbiológica de Liffrao o Borrel, la supradicha reacción de Wassermann con las reformas de Tschetsuogubow, Desmoulières, Vernes, Bruch, Bacilack, Dungen, Hirschfeld y Klinger u otras, los de Fernet o Porges, las reacciones de precipitación de Meinicke y Mac-Donnagh, las de Gordon y Landeau, la urinaria de Gray, la cromodiagnosia de Schürmann, la sífilina de Nicollas y la luetina de Noguchi, etcétera; incluso para la vergonzante sífilis nerviosa se dispone de ensayos con el líquido cerebro-espinal, la pleocitosis elevada de Ravaut, la globulinometría, la reacción de Sachs-Georgi o el oro coloidal de Lange con las modificaciones de Eicke, Miller, Lea, Thompson, Kolmer, Gettler y Jackson o las que indican Guillain, Laroche y Lechelle en su reciente libro *La réaction du benjoin colloidal et les réactions colloïdales du liquide céphaloroquidien*. ¡Erales imposible desenmascarar la insidiosa plaga!

¡Benditos sean esos derrotados descubiertos en los laboratorios! Centuplicando estos centros diariamente sus triunfos a despecho de algún pseudo-clínico que aún no alcanza todo su valor ni las grandes dificultades de la técnica, van catequizándose excepcionales porque la clínica tropieza siempre con ese fondo oscuro de que me hablaba con amargura el malogrado sabio Marqués de Guadalerzas, mantiene lucha perpetua con la ola de la conjetura, *difficilia pulehra* que diría Platón, piensa pesarosa en el *judicium difficile, experientia fatalis*, del inmortal aforismo; y en el laboratorio purgado de abusos y precacidades, con el marchamo de la suficiencia y de la honradez—porque en tales empeños, como dijo Fresenius, vale más ignorarlo todo que saber a medias—, halla el auxiliar preeminente, recoge las conclusiones precisas y quizá inesperadas; siendo cada vez más indispensable su cooperación porque enriquece la sintomatología con una serie de signos de la más alta importancia práctica para el diagnóstico, el pronóstico y la terapéutica, firmes elementos de juicio que destruyeron «las equivocadas susceptibilidades de algún misógeno que ha



tratado de ver en el laboratorio a un *parveni* de última hora, competidor de la clínica, dispuesto a arrancar a ésta derechos que le son inalienables (1)», cuando sólo es el complemento ineludible para que aquélla alcance la suma perfección y la ciencia raye a más prodigiosa altura. Disculpa la digresión.

También se ha creído encontrar estigmas fósiles en ciertos huesos de la época de los Parones y del famoso emperador chino Hoang-Ti fallecido 2.600 años antes de J. C., en cráneos de las colecciones paleontológicas o de edades prehistóricas (época de la piedra pulida, unos 10.000 años antes de la E. C.), huellas que algunos ponen en duda, aunque nadie niega rotundamente su posible significado. Los griegos hablaron de tales exostosis o sobrehuesos, también Galeno en su *Método*, que por cierto alude a los tumores gomosos o sifilomas; Broca halló en las ruinas de un templo del año 80 de la E. C. ex-votos que confirman la naturaleza específica de las lesiones, opinión aceptada por Lortet y Chantre, Broca, Virchow, Zambaco-Pachá y otros, lo que no maravilla si se piensa en el caso más extraordinario del famoso mammoth enterrado en los hielos de la Siberia, que tras de muchos siglos sirvió de alimento a las bestias salvajes.

Sin embargo, como me gusta ser siempre imparcial, recordaré a este propósito que en 1864 hubo una célebre discusión en la Sociedad antropológica de Londres, señalando Caster Blaxe lesiones sifilíticas en huesos de la época de Ricardo III o anterior, puestas en duda por el Presidente James Hunt. Por otra parte, Parrot (2) trabajó incansablemente desde 1877 hasta su muerte en la investigación de tales reliquias precolumbianas, pero objetan Lang, Lesser, Henoch, Macnamara, que sus hallazgos son puros vestigios del raquitismo, como la craneotabes descrita por Elsässer en 1843, y que las deformaciones dentales no son propias de la sífilis. Los huesos vistos por Zambaco en las momias egipcias padecieron de artritis deformante a juicio de Gangolphe y Bayet. En fin, en las memorables discusiones de la otra Sociedad antropológica de París hace medio siglo, creyó demostrar Broca estigmas de la época neolítica en occipitales de los dólmenes y con el apoyo de extensos datos bibliográficos se pronunció en favor de la antigüedad de la sífilis europea, confesando sus impugnadores que aquellos huesos «tenían algún parecido con ciertas exostosis sifilíticas y si fuesen modernos se considerarían como indicios probables de terciarismo»; empero Rollet sostiene que los cráneos de los terrenos de aluvión y cementerios prehistóricos no ofrecen lesiones características y

(1) Pons y Aixixandre, *Deontología médica del laboratorio clínico*, en la revista «Laboratorio», Barcelona, núm. 12, Abril de 1913, p. 206.

(2) *Une maladie préhistorique* en la *Revue Scientifique* de Paris, 1882, p. 110.



hasta niega todo valor a la famosa tibia hallada en 1872 por el abate Ducrost, creída de época merovingica.

Sea como quiera, si recordamos el verídico cánón terapéutico que dice *naturam morborum curationes ostendant*, para concluir aportando otro voto en pró, caemos de hinojos ante la realidad. En efecto, el hecho positivo de haberse curado por los árabes ciertas erupciones venéreas desde muy antiguo a merced del mercurio—*refugium peccatorum!*—corrobora la discutida posibilidad de un origen remoto, pues en China y en Maiabar se trataron ya así hace más de mil años y el «medicamento angélico» que horrorizaba a Oribasio, Aecio, Pablo de Egina y Dioscórides, recurso profanado por cuantos le inculparon hasta la producción de las sífilides (1), hizo portentos en manos de Serapión, Avicena y Rasis, no siendo Marco Cumanó el primero en propinarle interiormente en 1495, ni siquiera las uniones aludidas por Cervantes en una de sus novelas se deben a Paracelso, sino a Jacobo Carpense, quien debajo del sol admiraba solamente a la piedra imán y al azogue. Podría agregarse aún que el Dr. Wechselman (2), del Hospital Virchow de Berlín, autor del primer trabajo sobre el salvarsán y sabio especialista a quien Ehrlich confió su estudio clínico, dice que «desde la antigüedad se reconoce en el arsénico cierta acción sobre la sífilis» e indica la opinión idéntica de Rosenthal (3); pero no hago hincapié en estas afirmaciones porque se refieren sin duda al plazo de cuatro siglos, lapso harto breve para disipar dudas y dirimir la contienda.

Las razones apuntadas parecen suficientes, en mi concepto, para que pueda admitirse la existencia de la sífilis en Europa desde tiempo inmemorial, desde los albores de la humanidad, y no sólo desde que España completó el mapa, aunque evolucionase casi inadvertida para aquellos médicos o se confundiese antaño con otros procesos morbosos. Sin embargo, aunque mis presunciones careciesen de valor, esos documentos inéditos aportados por Rodrigo Pertegás son de tal eficacia que desvanecen las dudas surgidas por la lectura de las obras de Rollet, Bloch y demás impugnadores de semejante criterio; pues así como el descubrimiento del espirilo echó a pique tantas hipótesis etiológicas, las piezas aportadas en el viejo pleito derrumban quizá definitivamente la opinión más extendida porque parecía contar con sólidas razones, esto es, la herencia post-columbiana o bagaje importado del Nuevo Mundo, especie de venganza de aquellos indígenas atrapados; que si el universo urdido con rigores ma-

(1) Alfaro, *Tratado de enfermedades cutáneas*, Madrid, 1840, t. II, p. 212.

(2) El tratamiento de la sífilis por el dietildiamidoarsenobenzol, ed. francesa de 1911, p. 5.

(3) *Berl. Klin. Wochenschrift*, 1908, núm. 3.



temáticos se disloca al soplo de Einstein, ¡qué mucho si asuntos opinables y un tanto frívolos se truecan fáciles ante la crítica serena!

Lástima que haya carecido yo de la necesaria inspiración para cantar debidamente esta nueva gloria de mi antiguo condiscípulo, para entonar un himno en su alabanza—*neque semper arcem tendit Apollo*—, porque su mérito científico, su estre rebuscador Ince espléndido, según véis, entre la copiosa literatura histórico-médica; honda es mi pena por no disponer de más vivos matices para rendirle debido homenaje, tal como vosotros lo deseábais sin duda; pero, a falta mía, esa misma historia regional por la que tanto se sacrificó en vida, ha de hacerlo cumplidamente mañana, inscribiendo su nombre insigne con caracteres indelebiles en las brillantes páginas que registran nuestra vasta cultura patria.

HE DICHO.

Noviembre de 1922.